

EL CORREO DE ULTRAMAR

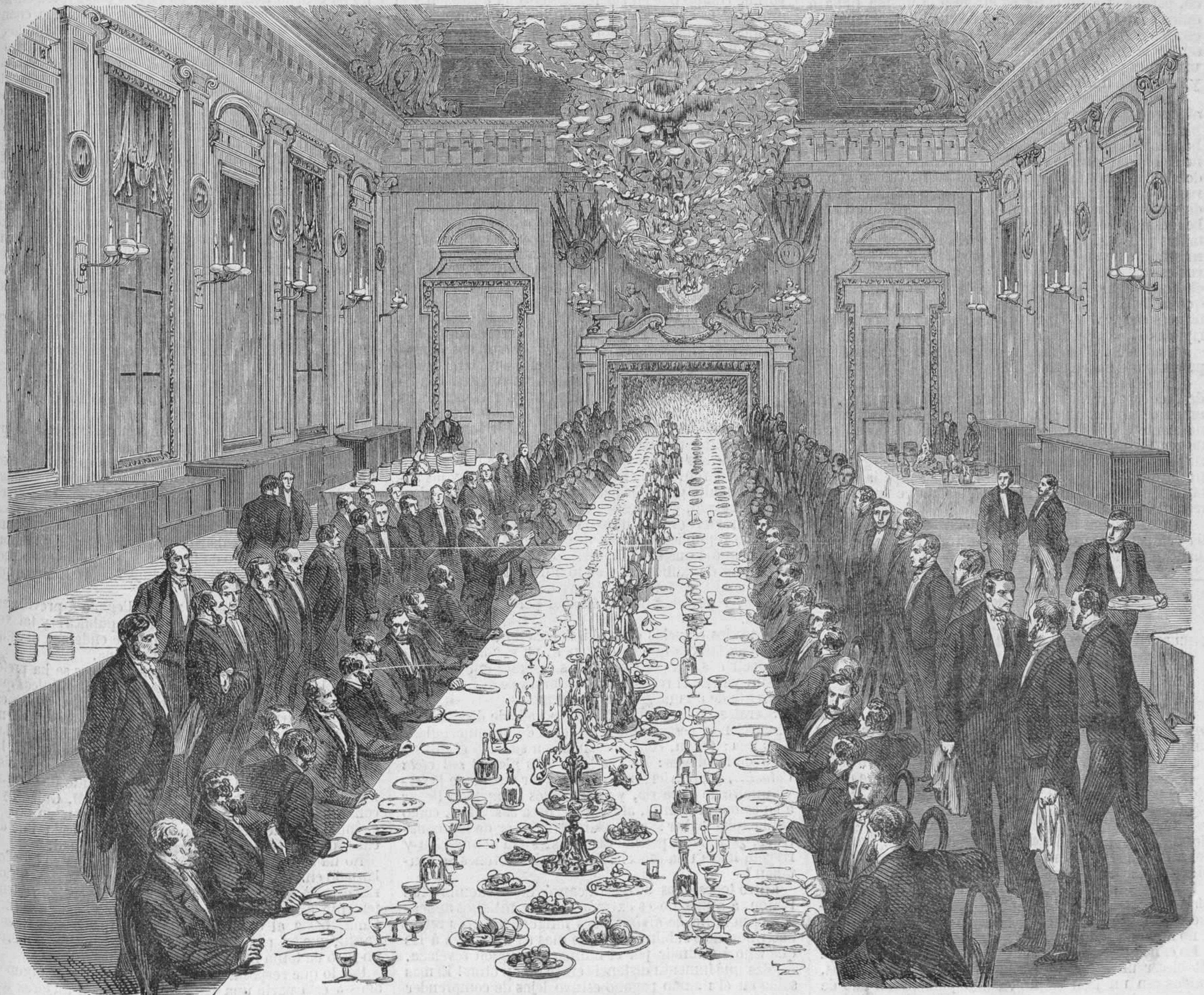
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N° 464.



BANQUETE DADO AL SEÑOR RATAZZI POR UNA PARTE DE LA PRENSA DE PARIS EN EL HOTEL DEL LOUVRE.

SUMARIO.

Banquete dado al señor Ratazzi por una parte de la prensa parisiense; grabado. — **El espíritu de sistema.** — **A Ozuluama.** — **En pos de una valenciana.** — **Los cinco mineros salvados en Lalle;** grabados. — **Casita rústica construida para el príncipe imperial;** grabado. **Revista de París.** — **Salida de Mesina del general Della Rovere;** grabado. — **Los ojos de Ceferina.** — **Un niño a su madre.** — **Inauguración de las obras de la comisión europea en Soulina;** grabados. — **Las provincias serbias del Imperio turco;** grabados. — **El Noble en la miseria.** — **Puente del Kantara sobre el Rummel;** grabados. — **Vida y muerte del príncipe Don Carlos.** — **Revista de la moda.** — **Diciembre;** grabado.

Banquete dado al señor Ratazzi

POR UNA PARTE DE LA PRENSA PARISIENSE EN EL HOTEL DEL LOUVRE.

El grabado que va á la cabeza de este número representa el festín con que los redactores de los periódicos el *Siècle*, la *Presse* y la *Opinion nationale* han obsequiado al señor Ratazzi, presidente del parlamento italiano. En este banquete, que ha tenido lugar en el hotel del Louvre, tomaron parte ciento cincuenta suscritores. Se echaron tres brindis, el primero á la unidad y á la independencia de la Italia, por M. Gueroult, redactor en jefe de la *Opinion nationale*, el segundo á Garibaldi, por M. Peyrat, redactor en jefe de la *Presse*, y el tercero al señor Ratazzi, por M. Havin, director político del *Siècle*. El señor Ratazzi contestó con las siguientes palabras:

«Señores: Os doy gracias con todo mi corazón por vuestras buenas y amables palabras, así como por los votos que acabais de manifestar en favor de mi patria, y al hacerlo, mi primer pensamiento se dirige hácia el emperador de los franceses, el digno jefe de vuestra generosa nación.

» Permittedme ahora que os diga cuánto me conmueve y lisonjea la simpática acogida que he recibido de todos en este grande y noble país. — Me lisonjea sobre todo, porque esta simpatía se dirige á la misma Italia á quien se quiere honrar en uno de sus hijos, y no á mis escasos méritos individuales. — Sí, siempre tendré presentes la franca cordialidad francesa, las animosas y unánimes palabras que me han enternecido vivamente y repetiré á mis compatriotas con la mayor alegría.

» Señores, creedlo, estos sentimientos de apoyo y de afecto de la Francia respecto de la Italia hallan en cambio entre nosotros la amistad mas completa. Los que han hablado tan pronto de la ingratitud de los italianos no se habian tomado el trabajo de venir á nuestro país, donde habrian sabido que tenemos grandemente la memoria del corazón. Me complazco en repetirlo delante de vosotros: No, la Italia no olvidará nunca lo que debe á este augusto emperador, que por ella ha desafiado tantos peligros, que solo la ha tendido la mano en lo mas fuerte de su dolor. Nunca olvidará aquellos admirables soldados caidos por su causa, ni el glorioso ejército que la ha hecho libre, ni los generosos escritores que la han defendido tan valerosamente, ni el pueblo francés cuyos votos acompañaban á cada una de las peripecias de la grande empresa de su emancipación.

» Y además, el porvenir no puede hacer sino dar siempre mas fuerza á esos sentimientos.

» En esta época de reconstitución de las nacionalidades, de agrupamiento de las naciones hermanas, la unión de la raza latina no es una palabra vana. Fraternalmente aliados como conviene á hombres del mismo origen, de civilización igual, con ideas enteramente semejantes, con los mismos intereses en todos los géneros, nuestros dos pueblos, apoyados con las simpatías de las otras naciones liberales, no tienen nada que temer de lo restante del mundo.

» Que llegue la hora, y la Francia verá como la Italia comprende su deuda de gratitud, sus deberes de mancomunidad.»

El espíritu de sistema.

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR MARTINEZ DE LA ROSA EN LA APERTURA DE LAS CATEDRAS DEL ATE-NEO, QUE TUVO LUGAR EN MADRID EL 18 DE NOVIEMBRE DE 1861.

«Señores: Al abrirse de nuevo las cátedras de este instituto dedicado á la pública enseñanza, cumplo con un grato deber al dirigiros la palabra desde el honroso puesto en que me ha colocado vuestra benevolencia.

He vacilado algun tanto acerca del asunto que debia elegir por tema de mi discurso, ya por haber tratado algunos de los mas importantes en ocasiones parecidas, y ya por deber acomodarse á la índole de esta corporación, que ostenta en la cúpula del edificio la bandera del humano saber, sin que la mas leve sombra del espíritu de partido oscurezca su brillo.

El argumento de mi breve peroración va á ser el *espíritu de sistema*, y puede por lo tanto aplicarse lo mismo á las ciencias mas graves que á la amena literatura, y no menos á esta que á las bellas artes.

No es necesario advertir que la primera condición para establecer un sistema es reunir gran copia de datos, unidos con un lazo comun, como pudiera un haz de espigas cortadas en sazón oportuna. Mas si por el contrario solo se ven los objetos revueltos y confusos, por mas variados y brillantes que sean, servirán única-

mente como el calidóscopo para mero entretenimiento.

La formación de un sistema establece cierto orden y disciplina en las ideas; condición necesaria para que no se asemejen á una turba confusa y desordenada, que suele ser mas perjudicial cuanto mas numerosa.

El entendimiento del hombre es de suyo limitado, y conviene colocar las ideas (si es lícito valerse de esta comparación) como las letras en una imprenta, distribuyéndolas en sus casillas correspondientes para servir de ellas en tiempo oportuno.

Hasta que hizo una cosa parecida, no pudo adelantar la química, y se mantuvo en su estado, semejante al que tenia la alquimia. Únicamente, merced á un método acertado y á una nomenclatura acomodada á la clasificación de las ideas, ha podido en pocos años elevarse á tamaña altura y producir los maravillosos efectos que son la gloria de este siglo.

Lo mismo puede decir de la botánica, que tantos progresos ha hecho, merced al sistema de Linneo. Mas si es indispensable establecer un sistema que sirva como de norma y guía para los progresos de las ciencias, conviene no ir á dar en el extremo opuesto: la falta absoluta de sistema puede compararse á la anarquía; el exceso se asemeja al despotismo; extremos ambos viciosos y perjudiciales.

Lo que mas suele dañar en tan grave materia es el imaginar que se tiene la copia de datos necesarios con un corto número de observaciones: suele acontecer á los que cultivan las ciencias lo mismo que á los que trepan por los Alpes; les parece que la montaña que divisan es ya la postrera, y en llegando á ella divisan otras y otras á cual mas elevadas.

Es indispensable el curso de los siglos para llegar tal vez al término anhelado.

Traido de las regiones de Oriente, vemos florecer en el Egipto y atesorarse el humano saber en manos de los sacerdotes. El sistema de Tolomeo reina por largo tiempo sin rivales: sucédele despues el sistema bastardo de Ticho-Brae; mas hasta el de Copérnico no se fijó el verdadero sistema astronómico, y le doy aquel título, porque con él se explican todos los fenómenos celestes.

Lo mismo puede afirmarse del sistema de Newton, porque comprende en sus reglas sobre la atracción y la gravedad la explicación de infinitos fenómenos, desde la caída de una fruta desprendida de un árbol, hasta la rotación de los astros en el espacio inmenso de los cielos.

Lo que acabamos de indicar respecto de la astronomía puede aplicarse mas ó menos á todos los ramos del humano saber, siendo achaque comun en los que los cultivan estimar su mezquino caudal como un tesoro de incalculable precio.

Otro escollo que conviene igualmente evitar, es el de aferrarse en un sistema encerrándose en él como en una inexpugnable fortaleza. Pocos achaques han contribuido tanto como este á detener el entendimiento humano sin que camine con libre y seguro paso.

Respecto de materias filosóficas, vemos llegar por el método de Descartes hasta la teoría de las *ideas innatas*.

Huyendo de este escollo, desentierra Condillac la célebre máxima de Aristóteles, *nada hay en el entendimiento que antes no haya pasado por el órgano de los sentidos*; mas el mismo que habia censurado con harto fundamento el espíritu de sistema ¿no adoleció tal vez del mismo achaque en su tratado de las sensaciones?

Aun mayor es el peligro, y mas graves sus consecuencias, cuando no se limita el daño á materias especulativas, sino á las que tienen íntima relación con la moral, que debe servir de norma á las acciones de los hombres.

Trasplantadas las ciencias del Egipto á la Grecia, donde lo apacible del clima, el despejado cielo y el claro ingenio de sus naturales, todo convidaba á hacerlas florecer, llegaron, no menos que las bellas letras y las artes, á tan alto grado de perfección, que no ha sido despues igualado, y aun está sirviendo de modelo.

El carácter de sus hijos, la forma de gobierno de aquellas repúblicas y otras varias causas contribuyeron de consuno á que se cultivasen á competencia los diversos ramos de la filosofía, siendo innumerables las escuelas que allí se formaron, haciéndose despues cruda guerra, y terminando los *filósofos* por ser unos meros *sofistas*.

Entre las escuelas que allí florecieron, ninguna tal vez mas famosa que la de Zenon, ya por la pureza de las doctrinas, ya por los varones insignes que la profesaban, ya por el resplandor de gloria que aun circunda la frente de algunos de los mas famosos.

Sócrates, bebiendo la cicuta, rodeado de discípulos y discurriendo sosegadamente acerca de la inmortalidad del alma; Caton, contrapesando con su voto el injusto fallo de los dioses: *Victrix causa Diis placuit sed victa Catoni*... y prefiriendo la muerte á ser testigo de la servidumbre de la patria, y andando los tiempos, al llegar á su colmo la tiranía, abriendo Séneca sus venas, como para expiar haber sido maestro del mayor de los monstruos, ¿cómo era posible que no atrajera admiración y respeto hácia una escuela en que tales varones se contaban?

Entre todos ellos el que alcanzó mas renombre fué Platon, á quien no es extraño que los antiguos aplicaran el nombre de *divino*, pues ningun filósofo profesó doctrinas mas sublimes ni que mas se acercasen á las que vino á difundir por el mundo la religion revelada.

¡Mas qué inmensa distancia entre una y otras! El mas sabio en el mundo pagano estubo lejos de comprender el Código de la moral en una sola máxima; «ama á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á tí mismo.»

Si no nos alejara demasiado de nuestro propósito, fa-

cil seria demostrar el influjo de la religion cristiana en la civilización de las naciones, en su cultura, en su felicidad; pero ya que no sea posible, bastará echar una ojeada sobre la Europa y América, y fijarla despues (aun cuando sea con espanto) sobre las vastas regiones del Asia.

Lo que se ha dicho respecto de la moral, puede aplicarse, mas ó menos, á la política, pues que en ella es sumamente dañoso el espíritu de sistema que puede agravar hasta lo sumo las dolencias del cuerpo social.

Lástima da ver á una república pedir un plan de gobierno á Juan Jacobo Rousseau, quien á pesar de su claro talento, era el menos á propósito para tal encargo, pues vivió y murió sin conocer la tierra misma que pisaba. ¿Ni qué podria prometerse para tal empresa el que consideraba la propiedad (base y cimiento de la sociedad humana) como fuente y manantial de todo linaje de calamidades?

En breve se vió una prueba escrita con caracteres de sangre, que patentizó el influjo de tales doctrinas en la suerte de las naciones.

El partido de los jacobinos puede considerarse como aspirando á poner en práctica las teorías de aquel; condenación de la propiedad, aspiración á una igualdad completa, odio á todas las superioridades sociales, no eran sino consecuencias naturales de las doctrinas de Rousseau. El tétrico Saint-Just, de alma impasible y fria como el hierro de la guillotina, no era mas que un sectario de buena fe, que ni aun remordimientos experimentaba; y lo propio puede decirse del mismo Robespierre que, siguiendo como pauta las doctrinas del filósofo ginebrino, daba de ello un público testimonio celebrando la fiesta del Ser Supremo pocos dias antes de su muerte.

Tan funesto resplandor arroja aquella época, que no es fácil distinguir otras mas recientes; pero hemos visto reproducirse en Francia las doctrinas mas absurdas, y llevar tras sí numerosas turbas; si ya el escarmiento de la primera revolución estaba tan vivo en la memoria de las gentes, que hizo á la nación volver en sí y evitar el abismo en que iba á precipitarse.

Ya que no en tan alto grado ni de modo tan palpable, no há mucho tiempo que ha podido observarse en Alemania á donde conduce el espíritu de sistema cuando no se ensayan las teorías en la piedra de toque de la experiencia. Fortuna fué, y no pequeña, que se echara de ver en breve á dónde conducen los vanos sistemas cuando se quieren reducir á práctica, y los adelantos que, á la sombra tutelar de sus gobiernos, van haciendo aquellas naciones, infunden de la halagüeña esperanza de que todas ellas caminan al laudable fin de fundar instituciones mas ó menos acomodadas al espíritu del siglo.

Luz de moral y antorcha de la política puede apellidarse á la historia, y en ella no ha sido menos pernicioso el espíritu de sistema. Tomó este gran incremento en los tiempos modernos, cuando no se aspiraba tanto á desentrañar con prolijo trabajo la verdad de los hechos como á acomodarlos cada cual al fin que de antemano habia preconcebido, de donde resultó que, lejos de verlos como eran en sí, cada cual percibió los objetos cual si los observara con un vidrio de aumento y de subido color.

De este achaque adolecieron varios escritores de gran mérito, pero que parecían como poseidos de cierto espíritu anti-religioso. Tal fué Hume en Inglaterra desde los tiempos de Carlos II, y posteriormente Gibbon, así como Voltaire en Francia; mas ni la artillería pesada del uno ni las agudas flechas del otro han podido derribar la firmísima torre en cuya contra se asentaban.

En época mas reciente apareció otra escuela, á la que algunos han solido dar el nombre de fatalista.

Partiendo del principio cierto de que es íntima la conexión que media entre muchos acontecimientos humanos, la han exagerado, cual si los hechos estuvieran forzosamente eslabonados como con una cadena de hierro. Fácil es comprender hasta qué punto este sistema conduciría á menoscabar el libre albedrío del hombre disminuyendo el peso de la moralidad, y haciendo poco menos que disculpables los hechos mas criminales que registra la historia.

Por fortuna este sistema no ha llegado á prevalecer, revelándose contra él la conciencia pública, y tal vez ha contribuido por su parte á que se enderece el estudio de la historia por mas segura senda.

A la superficial apariencia de los hechos se ha preferido el laborioso exámen de documentos auténticos que son como una mina inagotable. Así lo ha hecho en Francia Thierry, que parece haber heredado la paciencia de los antiguos Benedictos, Thiers, Mignet, Villain, M. de Barante y otros varones distinguidos en la carrera política, que se han dedicado á cultivar la historia, y no poco han contribuido al adelanto de este ramo del saber los laudables esfuerzos de M. Guizot, ya como insigne profesor en la cátedra, ya con su propio ejemplo. No me detengo en el elogio de cada uno de ellos, porque todos me honran con su amistad.

No ha sido únicamente en Francia donde se ha adelantado en esta via: la Alemania cuenta varios historiadores de gran mérito. Inglaterra ha perdido recientemente á M. Hallan; y sin contar á otros de menos fama, basta al crédito de Italia el nombre de César Cantú, que ha podido echar sobre sus robustos hombros un peso de tanta balumba.

Por lo que respecta á España, se advierte de algunos años á esta parte una tendencia visible á mejorar los trabajos históricos, á lo cual contribuye no poco el ilustrado cuerpo que tiene por su instituto este importante ramo.

No satisfacen ya á la actual generacion la sequedad de las antiguas *Crónicas*, ni la mera relacion de combates y de batallas, por brillante que sea el estilo y castizo el lenguaje; se aspira, y con harto fundamento, á penetrar en el interior de la sociedad española, examinando sus instituciones, sus costumbres, sus vicisitudes políticas, en suma, todo lo que constituye la vida íntima de una nacion. A España, representada bajo la figura de un guerrero armado de punta en blanco, se sustituye otra noble figura, llevando en su mano desde las actas de los concilios de Toledo hasta el último cuartel de las modernas Cortes.

Pasando de este campo, que puede considerarse como fructífero, á otro mas ameno y florido, hemos presenciado el pernicioso influjo del espíritu de sistema en las letras humanas.

Viva está en la memoria de las gentes, si bien apenas se percibe el eco, la ruidosa lucha que trabaron los clásicos y los románticos, tan encarnizada, ya que no tan larga y tan sangrienta, como la de los Güelfos y Gibelinos.

Si en el siglo de Luis XIV y en la época posterior se consideró como digno del buen gusto el *arte poética* de Boileau, reputándose casi como una heregia literaria examinar siquiera sus preceptos, en la presente edad hemos visto sublevarse de repente contra aquella especie de tiranía, y como acontece en tales casos, no juzgarse sino sacudiendo todo freno.

Lo mas rudo del combate se trabó en el teatro, que era el campo mas á propósito y que ofrecia la ventaja de entregar desde luego la palma al vencedor, como pudiera el pueblo griego en los juegos olímpicos.

En breve se pasó, como suele en tales casos, de un extremo á otro; y si Boileau habia pretendido encerrar las obras dramáticas en una especie de jaula de hierro, con peligro de que no pudieran moverse ni respirar apenas, á las tres rigurosas *unidades* se substituyó un sistema tan lato que no consentia la conveniente trabazon de las diversas partes, y recorriendo todas las zonas de la tierra, podia comprender la vida de un hombre. No parece sino que la suerte quiso, por una especie de justo castigo, que prevaleciese este extravío en la patria de Boileau, que tan despiadadamente habia zaherido al teatro español por un defecto de esta especie, al paso que olvidó lo mucho que debia al teatro español el francés desde los tiempos de Corneille y de Moliere, que mas justos que aquel preceptista, ingenuamente lo confesaron.

No era fácil que la licencia dramática, llevada á un extremo por algunos románticos franceses, llegara á prevalecer en España, oponiéndose á ello, entre otras varias causas, la sensatez proverbial de la nacion.

Mas recorriendo la historia de nuestra escena en los tiempos modernos, fácil es percibir el rumbo que ha tomado, desde que salió, al promediar el último siglo, de la mayor penuria y abatimiento.

Moratin enseña á la comedia á andar con el humilde zueco, presentando cuadros de costumbres, tal vez demasiado sencillos, pero muy fieles y acabados; y Cienfuegos, siguiendo opuestas vias hace laudables esfuerzos para aclimatar en España la tragedia, pero se advierte que le embaraza la estrechez del coturno griego.

Mas libre y desembarazado se habia mostrado en la *Raquel* García de la Huerta, quien hacia gala de no someterse servilmente á los preceptos clásicos; y en época mas reciente, mi inolvidable amigo don Manuel Quintana ha demostrado en el *Pelayo* el modo de hermanar las bellezas poéticas con los sentimientos mas nobles de amor á la patria.

Justos miramientos, mas fáciles de comprender que de explicarse, me impiden adelantar ni un solo paso; pero si me fuera licito, no vacitaria en decir que tal vez ninguna nacion de Europa cuenta al presente tantos dramáticos de valía como España, y que esta época solo cede la palma á la que se hizo tan famosa en el mundo, reinando los últimos Felipes de la casa de Austria.

De la breve reseña que acabamos de bosquejar aparecen con toda claridad los perjuicios que acarrea el espíritu de sistema llevado al extremo.

Apenas habrá alguno de ellos que no contenga algun principio cierto cuyo conocimiento sea provechoso; pero conviene, como se hace con los metales, purificarlos en un crisol y separar las materias extrañas.

A vosotros incumbe tan útil tarea, celosos profesores, que impulsados por el amor al saber teneis una verdadera satisfaccion en difundir los conocimientos á la juventud estudiosa que acude solícita á escuchar la verdad de vuestros labios.

Inculcad en su ánimo el riesgo que hay en dejarse llevar del *espíritu de sistema* á que puede conducirla su fogosa imaginacion y su inexperiencia. Fácil os será demostrarles la verdad contenida en esta fórmula: *la falta de sistema impide que nazca la planta: el exceso la ahoga.*

A Ozuluama.

I.

Apenas sale el sol, cuando aparece
Allá en la cumbre de elevado monte
Cual flor que en el pensil fragante crece
Haciéndola otras mil bello horizonte,
Ozuluama la hermosa: suspendida
Del medio del espacio se creyera
Y por brisas suaves remecida

Si á la luz de la luna alguien la viera.

Rodeada por encinos corpulentos
En medio de los cuales se destaca,
Los techos de sus casas, cenicientos,
Heridos por el sol, airosa saca.

Cual nitido brillante que engastado
En oro y esmeraldas primorosas
Parece un prisma que quedó olvidado
En medio de las selvas silenciosas.

Aqueste es Ozuluama: allí inocentes
Se duermen en sus bosques las vestales,
Sirviéndoles de lecho, las pendientes,
Los prados y las selvas, de cendales.

II.

La ciudad de los amores,
Ozuluama la encantada
Do anidan los ruiseñores,
De las vírgenes morada
Y albergue de trovadores,

Yo te saludo, y te adoro
Porque abrigas en tu seno
Aun mas riqueza que el oro:
Un rostro ocultas moreno,
Y ese rostro es mi tesoro.

Es tu cielo trasparente,
No lo recorre un celaje:
Embalsamado tu ambiente,
Encantador tu paisaje,
Tus mujeres, fuego ardiente.

Y lánguido es el cantar
Del ave que va ligera
En tus palmas á posar.
De la brisa, en tu pradera
Es lánguido el susurrar.

¡Cuán hermosas y sencillas
Son tus hijas, Ozuluama!
Las de rosadas megillas
Y de ojos como una llama
Que en oscura noche brilla.

Cuando el sol ya moribundo
Se oculta tras las montañas,
Grato es el sueño profundo
Que se goza en tus cabañas
Al venir la noche al mundo.

Entonces los trovadores
Dan sus canciones al viento:
La virgen de sus amores
Oye el sentido lamento
Y les corona de flores.

III.

Era de noche; la mente
Siempre en lo ideal vagando
Se adormia dulcemente
Un mundo nuevo soñando,
Mundo que jamás halló.

Cuando solitaria, erguida,
Y por la luna alumbrada,
Cual entre el bosque perdida,
Ozuluama la encantada
A mi vista apareció.

Y al verla en el bosque umbroso
Levantarse solitaria
Cual fantasma misterioso,
Lánguida, triste plegaria
Al cielo mi labio envió.

Lánguida, cual la ilusion
Que vive eterna en la mente,
Porque tengo un corazon...
Un corazon tan ardiente
Que el dolor ya desgarró.

Y sin embargo, al mirar
Tus mujeres, Ozuluama,
Dentro el pecho, palpitar
Sentí, un corazon que ama
Con frenética pasion.

Dejadme pues; quiero veros,
Magas preciosas que vais
Brillando como luceros,
Y entre vosotras guardais
La prenda del corazon.

Dejadme pues, que es precioso
Habitar vuestra morada,
No escondais el rostro hermoso
Ni mostreis la faz airada:
Tened de mi compasion.

Compadeceos de mi queja,
Que con vosotras, la vida
Y el alma tambien os deja
Como una prenda perdida
Quien os deja con su amor.

¡Ozuluama! toma un beso,
Un beso para mi amada.
Que el cefirillo travieso
Lo estampé en su faz rosada

O en sus labios de rubí.
Y vosotras, magas divas
Que trenzais cabellos de oro,
No os mostreis conmigo esquivas,
Dad un beso á la que adoro,
Y decidla, piense en mí.

José H. GONZALEZ.

En pos de una valenciana.

Niña de los ojos negros,
Hechicera valenciana,
La que pisas por tu tierra
Con firme y graciosa planta,
Ve que tras tí un forastero
Corre por noche y mañana
Para admirar tu pié breve
Dando carreras muy largas,
Y al verme en sudor bañado
Presa de mortales ansias
Me dicen los tartaneros:
— Señoret, una tartana.

La calle de San Fernando
Me descubrió tantas gracias;
Salí tú de una tienda
Do fuiste en busca de galas.
Yo te seguí de amor lleno
Del Mercado por la plaza,
Allí compré un ramillete
De las flores mas lozanas,
Y al ver que tras tí corria
Para ofrecerte una dalia,
Me decia un tartanero:
— Señoret, una tartana.

Tú, cada vez mas ligera,
Llegaste á entrar en tu casa
Y estuve un dia; qué dia!
Sin contemplar esa cara.
Soñaba yo con tu sombra
Y afanoso te buscaba
Desde la Puerta del Real
A la Puerta de Rusafa.
Y al advertir mis auros
Y mis largas contradanzas,
Decian los tartaneros:
— Señoret, una tartana.

A otro dia era domingo,
Y brilló en mí la esperanza
De encontrarte en la Glorieta
Escuchando la charanga.
Tú, impaciente, por la tarde
Cuando ya el sol no era ascuá,
Ir quisiste al Contramuelle
Donde se lucen las damas.
A una tartana subiste
Que yo envidioso miraba,
Cuando me dijo su dueño:
— Señoret, una tartana.

No desprecié la ocasion
De ir en amor y compañía
Contigo, morena mia,
Una pequeña jornada.
¡Qué diablo de tartanero,
Qué de prisa nos llevaba!
¡Qué de saltos y de tumbos
Nos hizo dar en la caja!
Habiendo un tren para el Grao
No me expondré yo á sus mañas
Cuando otra vez me repita:
— Señoret, una tartana.

Entre las bellas que á orilla
De la mar se paseaban,
Eras tú la mas hermosa,
Eras tú la soberana.
Como á la luna sus rayos
Viste quebrar en las aguas,
Así la luz de tus ojos
Se esparcia sobre mi alma.
¡Cuán feliz era al mirarte!
¡Cuán bien á tu lado estaba!
¡Porqué dijo el tartanero:
— Señorea, una tartana?

Era ya noche, y quisiste
Emprender la retirada,
Y al subir en el vehículo
Te admiró hallarme á tu espalda.
Volví á tu lado en el coche
Y te dije dos palabras,
Te ofrecí mi corazon
Y tú sonreiste ufana.
Cuando junto á tí dichoso
Y feliz me contemplaba,
Oí la voz que decia:
— ¡Señoret, no mas tartana!

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Los cinco mineros

SALVADOS EN LALLE.

En nuestro número 462 hemos hecho la historia de la horrorosa catástrofe ocurrida en las minas de Lalle (Francia), y hoy publicamos los retratos de los cinco mineros que milagrosamente han podido salvarse. Sus nombres son :

Therond (Basilio), de Canova (Iserre), diez y siete años, cinco días de encierro bajo la tierra;

Mouton (José), de Grand Bailly (Ardèche), veinte y cinco años, y cinco días de encierro. Interrogado en el hospital acerca de lo que había sentido, decía :

« Después de haber agotado en vano mis fuerzas para buscar una salida, dije á mi amigo Therond : « No tenemos mas que encomendarnos á Dios con toda confianza; las lágrimas son inútiles, oremos. » Al otro día Therond tenía un sueño invencible. Yo le cogí en mis brazos jurándole que podía dormir sin temor, puesto que yo no pegaría los ojos. Y cumplí mi palabra; en otro caso habríamos rodado entrambos hasta el golfo lleno de agua, desde la cuesta escarpada en la cual nos sosteníamos. Por última vez bajé á beber y á

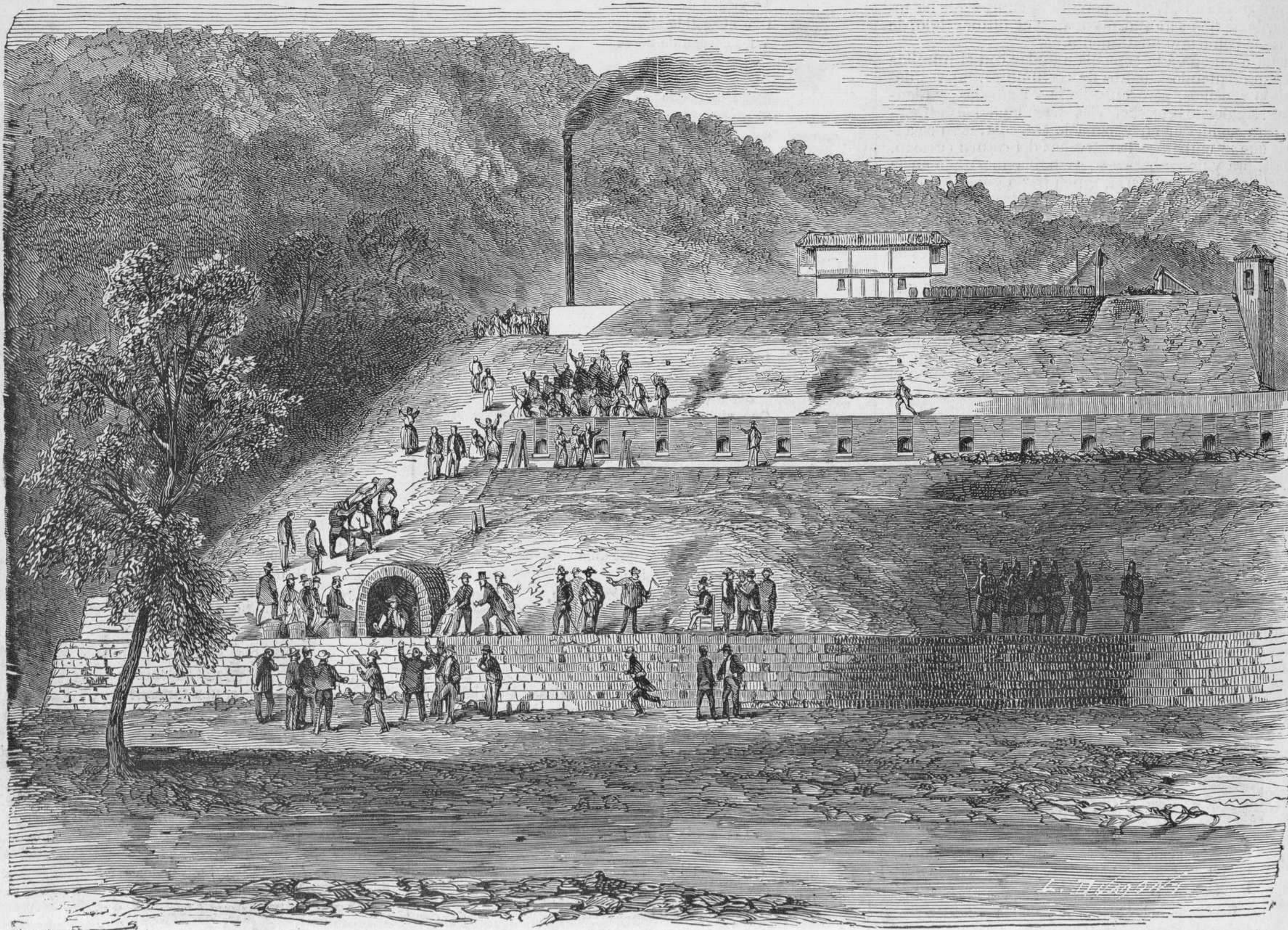


buscar una salida; trabajo inútil. De pronto creí oír un ruido; nos pusimos á dar golpes y reconocemos con alegría que nos responden y que vamos á ser salvados. He tenido sed, pero no hambre. »

Privat (Francisco), de Pradel (Soustelle), treinta años, quince días encerrado. « Durante los primeros días he sostenido el valor de Hours y de Marius, y les decía : « Apaciguad el hambre como yo comiendo madera, al ejemplo de las ratas. Encomendémonos á la Santísima Virgen; nuestra vida es poca cosa, y luego la compañía es bastante rica y cuidará de nuestros hijos y de nuestras mujeres. » Tuve constantemente mucha sed. »

Hours (Luis), de Saint Julien, cerca de Florac (Lozère), treinta y siete años, quince días encerrado. « Al principio tuve tal hambre que mordía mi cinturón de cuero y mi gorra, no pudiéndome decidir á comer madera. Hasta me habría comido mi bota si no me hubiese sido indispensable para sacar agua del golfo, pues me devoraba una sed ardiente; mis manos registraban sin cesar esperando hallar algo que comer, y luego, vencido por la fatiga y el sueño, me dormí, recomendando á mis ami-

LOS CINCO MINEROS SACADOS VIVOS DE LAS MINAS DE LALLE : THEROND, — MOUTON, — PRIVAT, — MARIUS, — HOURS.
(Fotografiados en el hospital de Bessegés.)



SALVAMENTO DE LOS MINEROS ENTERRADOS EN LAS MINAS DE LALLE.

gos que no cesasen de orar. Pocos instantes despues me puse de rodillas á rezar con tanto fervor y confianza, que adquirí la certeza de que nos salvarian. En aquel instante se hizo oír el minero Cipriano, y en breve caí en sus brazos.»

Marius (José), de Bonneveau (Gard), quince días encerrado. «Despues de haber explorado todas las cavidades, me desnudé y me metí en el agua varias veces, buscando una salida, para lo cual me dirigia por los rails; pero todo en vano; rendido de cansancio y tiritando de frio, pues estaba desnudo, llegué arrastrándome hasta mis amigos. Privat y Hours me cubrieron de carbon menudo y se tendieron á mi lado para calentarme, diciendome que comiera como ellos un poco de madera podrida, pero mi debilidad no me lo permitió. Cuando me creyeron dormido se levantaron diciendo: «No tengas cuidado, Marius, que si nos encuentran no nos marcharemos sin tí;» y despues de rezar se separaron unos 60 metros buscando una salida; poco tiempo despues estábamos salvados.» P. P.

Revista de Paris.

El miércoles último ha tenido lugar en el teatro de la Grande Opera de Paris la primera representacion del baile nuevo en dos actos titulado *la Estrella de Mesina*, exornado con un aparato escénico de los mas lujosos que se han visto. El éxito

ha sido extraordinario, y la Ferraris, esa bailarina prodigiosa que disfruta ya de una reputacion de primer orden, ha añadido esa noche un lauro mas á su corona artística, que no será sin duda el que menos brille.

La Estrella de Mesina es un gran baile de accion perfectamente concebido.

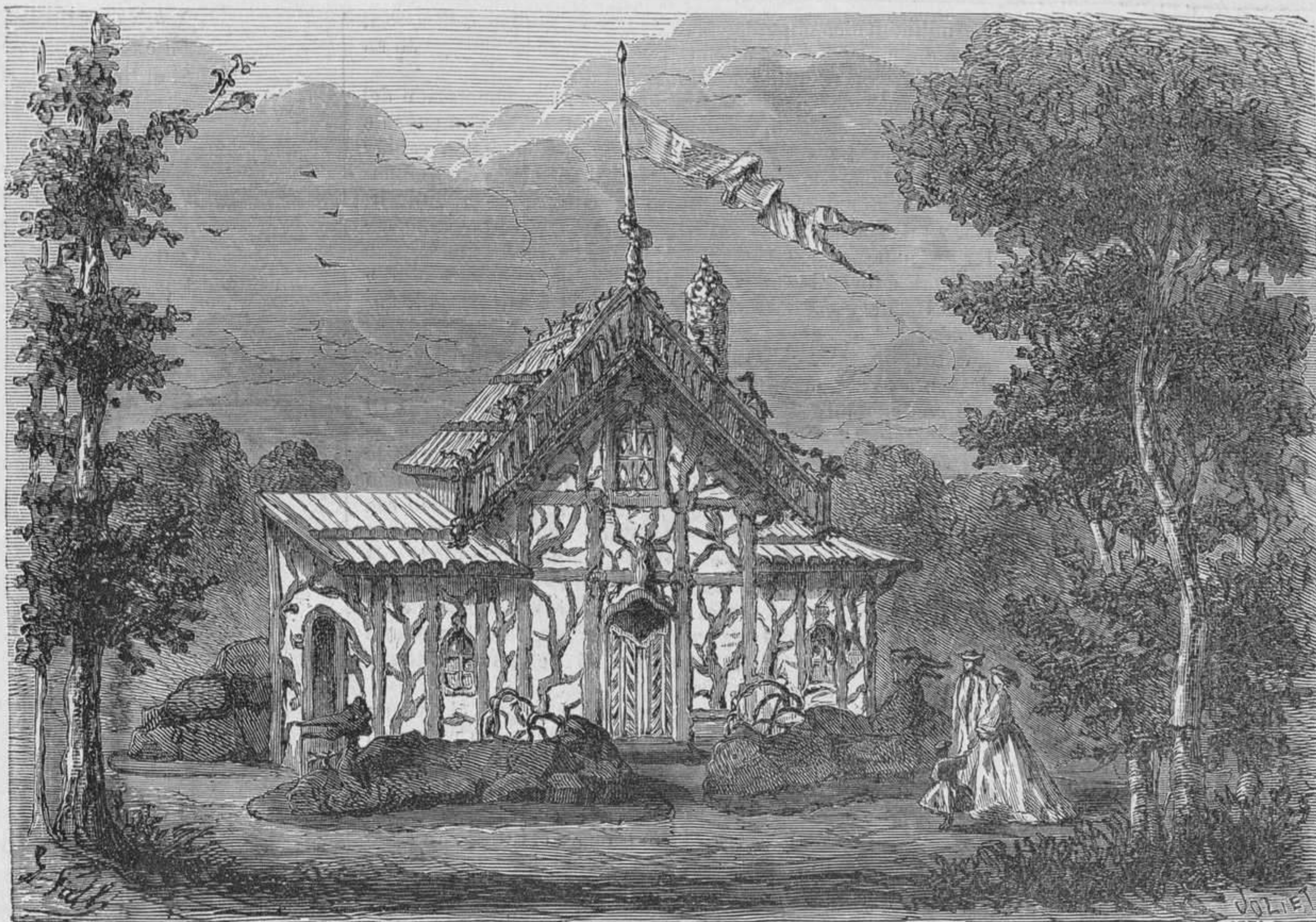
Al levantarse el telon asistimos á un baile de máscaras en el interior de un casino de Mesina por los años de 1660, cuando la Sicilia se hallaba bajo la dominacion española. La fiesta está animadísima; las contradanzas y los wals se suceden sin interrupcion, y el inmenso escenario de la Opera está cuajado de centenares de parejas disfrazadas con todos los

nada su frente con una estrella simbólica de brillantes.

Gacela descubre al punto á Rafael y acepta una flor que este le ofrece, desdeñando un ramillete soberbio que la presenta un señoron de Mesina llamado don Flaminio.

La jóven está acompañada de su hermano Gianni que la vigila cuidadosamente. Gianni la recuerda que ha venido al baile para lucir sus talentos ante una muchedumbre deseosa de celebrarla, y la entrega una pandereta. Aquí el coreógrafo ha colocado un paso maravilloso, á cuyo fin Gacela se planta de un salto en el borde de su pandereta, quedándose suspendida en un solo pié y en equilibrio.

La concurrencia la aplaudió con fanatismo.



CASITA RÚSTICA CONSTRUIDA PARA EL PRINCIPE IMPERIAL por M. H. Ramaugé, en el bosque de San German.

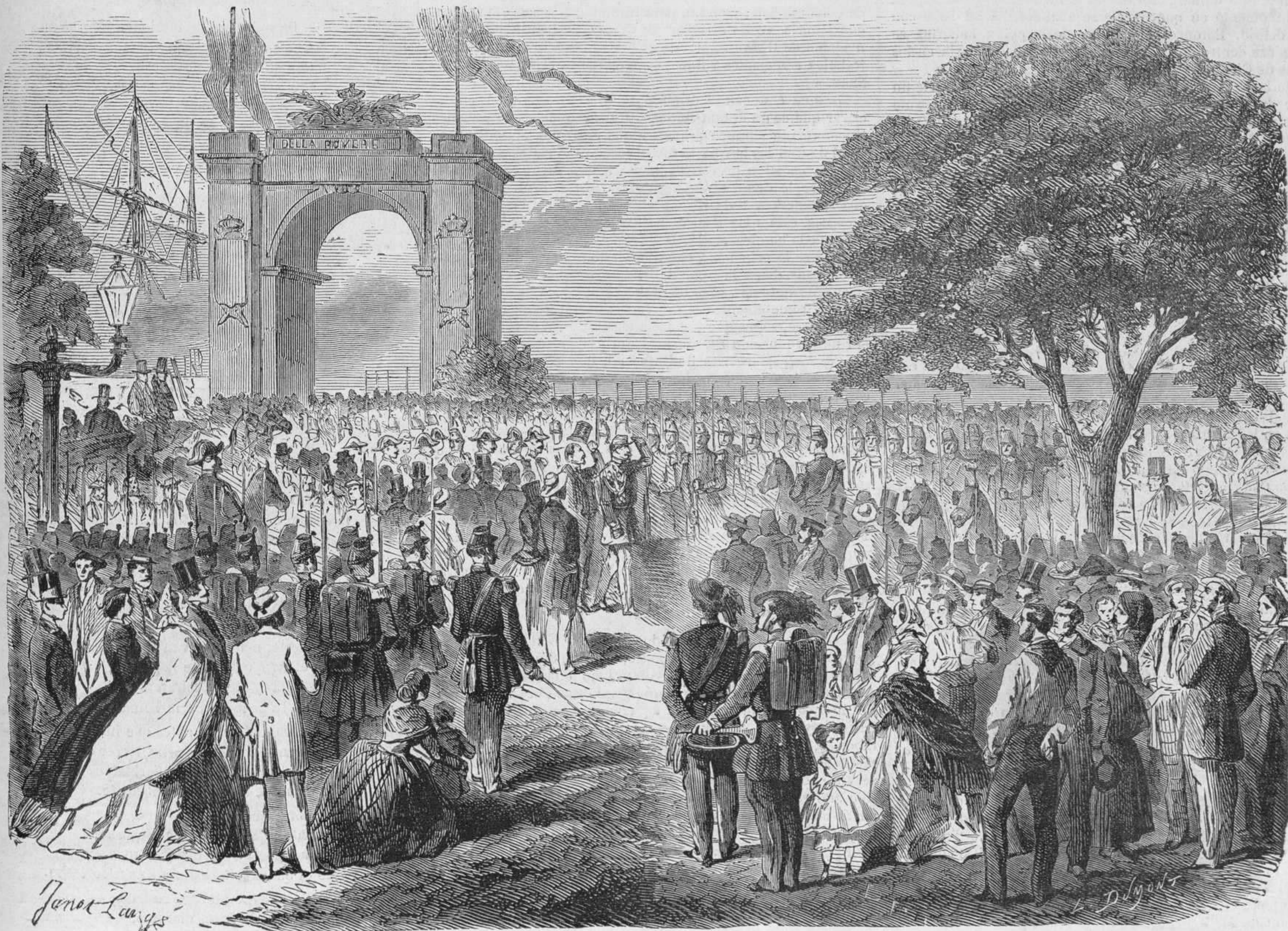
trajes imaginables, y bailando á porfía al compás de una música encantadora.

Todo lo principal de Mesina se encuentra en esta fiesta de carnaval, y por consiguiente asiste tambien á ella don Rafael de Lesmes, el hijo único del gobernador, que oculta su elevada categoría con un traje muy sencillo.

El jóven sin embargo, no parece tomar una gran parte en la comun alegría; anda de grupo muy pensativo buscando una artista llamada Gacela por la ligereza y la gracia de su baile, que es la fortuna y la gloria de la compañía en que figura, y que el pueblo ha denominado «la Estrella de Mesina».

Rafael perdidamente enamorado de Gacela no se acuerda de que debe casarse dentro de poco tiempo con la hermosa condesa Aldini.

Pero hé aquí que aparece la adorable bailarina; todos la dejan el campo libre, todos la aplauden, incluso los espectadores que reconocen en ella á la Ferraris, admirablemente vestida y adornada



SALIDA DE MESINA DEL GENERAL DELLA ROVERE, DESPUES DE HABER SIDO NOMBRADO MINISTRO DE LA GUERRA.

Rafael tan entusiasmado como los espectadores quiere lanzarse hácia la mujer á quien adora; pero un dominó se acerca á él, y descubriéndose repentinamente aparece el severo semblante del gobernador de Mesina que viene á buscar á su hijo y le arrastra fuera de la fiesta.

La escena del segundo cuadro tiene lugar en el interior de la posada donde se hospeda la compañía de baile; lo único notable que se puede citar aquí es una polka grotesca de un efecto muy original bailada por Gacela, Gianni y el libertino don Flaminio, que no abandona un instante á la hermosa bailarina.

En el cuadro siguiente el teatro representa un paisaje de la Sicilia cerca de Mesina, de un carácter grandioso. — Rafael mas enamorado que nunca se ha puesto de acuerdo con Gacela para huir juntos; pero Gianni, el terrible Gianni, está siempre alerta, y en el momento en que la jóven va á entrar en la barca donde debe esperar á su amante, se presenta y se opone á este proyecto. En su furor se atreve á levantar la mano sobre Gacela; mas el pueblo que se ha reunido ante el tumulto de esta escena, reconoce á su idolatrada bailarina, y despues de arrebatarla á las iras fraternales se la lleva en triunfo al resplandor de las antorchas.

Gacela debe corresponder á esta ovacion bailando su paso favorito, el paso nacional siciliano, ardiente, delirante, voluptuoso como el pais en que ha nacido.

El primer cuadro del acto segundo está consagrado á una funcion en el palacio del gobernador de Mesina, donde se pone en escena un episodio titulado: *la Sublevacion de las hadas*, que ha dado márgen al pintor de decoraciones para improvisar un palacio con unos jardines dignos de los cuentos de las *Mil y una noches*. Las magnificencias de esta decoracion son indescriptibles.

La reina de las hadas, Urgana, se encuentra en medio de su córte compuesta de ninfas y genios tendidos sobre las flores en aquel lugar verdaderamente encantado. La sublevacion es muy excusable, pues tiene por objeto dar la corona de reina á Gacela, que la merece seguramente entre todas las bailarinas.

Aquí llegamos á la parte trágica de la accion.

Gianni, loco de amor y de celos, declara á Gacela que no es su hermano, y se bate con Rafael sin que la jóven pueda impedirlo; por último, la condesa Aldini viene á reclamar la promesa que le ha hecho el hijo del gobernador, y entonces guiada por un impulso generoso, la bailarina declara á Rafael que nunca será suya, y que va á salir de Mesina inmediatamente.

Muy luego, en efecto, se oyen las campanas que anuncian la boda, y Gacela queriendo dar una prueba á todo el mundo de que Rafael la es indiferente, se dirige á la plaza de la iglesia por donde deben pasar los novios con su ostentoso acompañamiento, para electrizar otra vez mas con los hechizos de su baile á la multitud de sus admiradores.

Rafael sale de la iglesia dando la mano á su bella esposa en el momento en que Gacela se abandona á su baile con mas delirio. Entonces el corazon de la pobre bailarina se despedaza dentro de su oprimido pecho y cae muerta en los brazos de Gianni, quien cubre su cadáver con su capa.

Este baile pantomímico es debido á la colaboracion de un autor dramático francés, M. P. Foucher, y del maestro de bailes mas famoso que hay en Italia, el señor Borri, que ha venido á Paris para componer, dirigir y poner en escena *la Estrella de Mesina*; la música es del conde Gabrieli, y por último las decoraciones son de M. Thierry y M. Martin. Todos estos nombres deben citarse, pues todos han contribuido al gran éxito que obtuvo en la noche del miércoles esta creacion teatral de primer orden en su género. Los artistas interpretaron con acierto sus respectivos papeles; pero á decir verdad, la Ferraris domina desde tal altura á todas sus compañeras, que el público no vió ni admiró á nadie sino á ella. Al fin de cada cuadro fué llamada al palco escénico, y en el último sacó de la mano al maestro Borri, que fué recibido con un aplauso unánime.

El sábado de la semana anterior habia tenido lugar el ensayo general de este baile en presencia de todo lo mas escogido que encierra Paris en los círculos artísticos y literarios. Bástenos decir para dar una idea de aquella concurrencia, que asistía al ensayo Rossini, que no prodiga por cierto su presencia en las fiestas teatrales. La ocasion era propicia para una ovacion que no se hizo esperar. En el intermedio del primero al segundo acto la orquesta ejecutó la brillante sinfonía de *Guillermo Tell*, y los espectadores aplaudieron y aclamaron á Rossini tan directamente, que el inmortal maestro se conmovió de un modo muy visible. ¡Feliz el genio que sabe inspirar á sus contemporáneos una admiracion tan profunda y tan unánime!

Una controversia muy curiosa se agita en este momento entre dos autores dramáticos, el uno inglés y el otro francés, á propósito del drama titulado *el Lago de Glenaston*. Esta produccion que hoy se ejecuta en Paris con tanto éxito gracias á la famosa decoracion acuática de que ya tienen conocimiento nuestros lectores, está arreglada por M. Dennery de la que con el título de *Colleen Bawn* escribió en inglés M. Dion Boucicault, y sobre este arreglo versa la discusion entre los dos autores. Entre las cartas que han mediado con este motivo y que ha hecho públicas la prensa de Paris y de Londres, vamos á traducir estas dos, que son las que tocan mas cerca al fondo de la cuestion, que es en suma una cuestion de intereses.

« El Monitor del 22 de octubre, dice el autor inglés, contiene un artículo sobre *el Lago de Glenaston*, drama nuevo de M. Dennery, y en respuesta á la parte de critica que me concierne, debo declarar que el drama es todo él de M. Dennery, excepto la escena del lago que es de mi invencion. El empresario del Ambigu me habia propuesto hacer representar en Paris mi pieza de *Colleen Bawn*, para lo cual me ofreció la colaboracion de M. Dennery. Yo acepté muy gustoso esta ocasion de presentarme al público parisiense, y envié al teatro una traduccion francesa de mi drama. M. Dennery no me ha

permitido jamás ninguna colaboracion en *el Lago de Glenaston*, no me ha dejado ver su manuscrito, y no se ha puesto en comunicacion conmigo de ningun modo.

He estado en Paris para poner en escena la decoracion del lago y con la esperanza de ver á M. Dennery, ó al menos de recoger algunas noticias sobre mi obra, y habiendo sabido que mi colaborador se habia propuesto prescindir enteramente de mi drama, he protestado por escrito contra esta injusticia, y mi protesta no ha tenido contestacion. No puedo aceptar ninguna parte ni buena ni mala en *el Lago de Glenaston* que se representa en el teatro del Ambigu. — DION BOUCICAULT. »

M. Dennery contestó en estos términos á la carta que antecede:

« El empresario del Ambigu habia visto representar en Londres una pieza, que estuvo lejos de parecerle admirable, pero que contenia una situacion y un cuadro que habia puesto en movimiento á todo Londres. La gente se apiñaba, se sofocaba, se mataba á la puerta del teatro inglés para asistir á la representacion de esa tragedia, cuya accion pasa en el fondo del agua, y el empresario francés quiso explotar tambien esa situacion conmovedora. Con este objeto se dirigió á mí para que la adaptara á nuestra escena. Su opinion, que fué la mia cuando conocí el drama de M. Boucicault, era que importaba modificar completamente el drama, no conservando de él mas que el cuadro del lago y dos ó tres escenas; lo restante de la obra le pareció, lo mismo que á mí, de un mal éxito seguro ante un público francés.

El trabajo que me encargaba constituia lo que el tratado internacional llama « una imitacion hecha de buena fe, » y en este caso M. Boucicault no tenia que reclamar ningun derecho de autor; pero yo declaré sin embargo, que no entendia que fuera así. Mas de cien obras mias se han representado en Londres, sin que siquiera se hayan tomado el trabajo de cambiar los nombres de los personajes, y sin que nadie me haya interesado en los derechos de autor que me correspondian; pero la Francia tiene la antigua costumbre de responder á las malas acciones de la Inglaterra con actos de delicadeza y de cortesía, y yo no queria faltar á una tradicion tan honrosa. Insistí pues con el director del Ambigu en que yo quedaria enteramente libre de arreglar la pieza á mi gusto, y reservaria para M. Boucicault la mitad de los derechos estipulados por la comision de los autores en beneficio de las obras representadas en aquel teatro.

Hice la pieza, y no hay mas que compararla con el original para que se juzgue cuál ha sido mi trabajo. M. Boucicault se queja de no haberme podido ver y de no haber podido colaborar conmigo. Si M. Boucicault se hubiese dirigido directamente á mí, habria yo celebrado mucho hacer conocimiento con el afortunado autor que ha sabido pescar novecientos mil francos de derechos de autor en el fondo de nuestro lago. Si hubiese deseado trabajar conmigo para hacer juntos el drama que él ha sacado de una novela, le habria contestado que la traduccion que tenia en mi poder constituia su parte de colaboracion; y en fin, para tranquilizarle sobre la manera que tendria yo de arreglar su drama, le habria dicho que madama de Girardin, M. About y M. E. Sue me han confiado trabajos semejantes sobre sus mejores novelas. — A. DENNERY. »

Los que conocen el original inglés están unánimes en declarar que es un drama imposible en Francia, y lo creemos sinceramente sin mas que saber que entre los episodios que en él figuran los hay hasta ofensivos para la religion católica; pero la cuestion no estriba, como hemos dicho antes, en el amor propio de un autor herido, puesto que M. Boucicault que renuncia á toda responsabilidad literaria en *el Lago de Glenaston*, está muy lejos de renunciar á la mitad de los derechos que le ha ofrecido M. Dennery y que cobra puntualmente. Esto es lo principal; el éxito del drama en francés se aumenta cada dia, y la parte de beneficios concedida á M. Boucicault formará una cifra no despreciable, aunque no se aproxima ni remotamente á los novecientos mil francos cobrados en Londres, suma que jamás ha alcanzado en Paris un autor por una produccion escénica, ni aun Alejandro Dumas con su *Tour de Nesle* (Margarita de Borgoña), que dicen le ha producido doscientos mil, en los muchos años que se representa casi continuamente en los teatros de Francia.

Para concluir, hé aquí un rasgo de audacia que se encargará de recompensar como merece la policía. — Una señora habia abandonado estos últimos dias su casa de campo y se habia trasladado á la capital por el camino de hierro, llevando consigo un saco de noche que contenia, ademas de las joyas y el dinero, mas de 40,000 francos en valores industriales. En el momento de apearse del wagon la señora busca su saco de noche, y muy espantada echa de ver que ha desaparecido y que ha sido víctima de un robo.

Dos dias despues recibe una carta abultada dirigida á su casa de campo, y de aquí á su actual residencia, que contenia todas sus acciones. Júzguese cuál seria su gozo al ver salvada su fortuna.

Veamos lo que habia sucedido. Advirtiendo el autor del robo que las acciones eran nominales, comprendió que su realizacion era imposible, y las devolvió bajo un sobre á su propietaria con una cartita en la que manifestaba el sentimiento de no haber podido utilizar aquella suma de cuarenta mil francos, y pedia permiso al mismo tiempo para guardar el dinero y las joyas. En cuanto á las acciones, decia que las restituía de buena gana en atencion á que de nada podian servirle porque eran nominales, y deploraba que no hubiesen sido al portador, en cuyo caso las habria conservado. No se puede hablar con mas claridad, ni cometer un robo con mas cinismo.

MARIANO URRABIETA.

Los ojos de Ceferina.

Ceferina, si me hallara
En mis abrils primeros,

Y á los gustos lisonjeros
Mi existencia consagrara;
Si el tiempo con su hoz constante
Mi edad tierna y rozagante
No llevara en sus despojos,
Me encautarian tus ojos.

¿ Ves la aurora placentera
En su carro refulgente
Anunciar al sol naciente
Por la vagarosa esfera?
¿ Ves á Febo que risueño
Vierte placer halagüeño
Con sus bellos rayos rojos?
Pues mas placer dan tus ojos.

De rama en rama saltando
La sensible Filomena,
El alma de gustos llena
Gratos tonos modulando:
Del ruiseñor los gorjeos
Producen lindos recreos,
Que tambien quitan enojos:
Pues mas los quitan tus ojos.

Llega el pastor afanoso
Al arroyuelo sediento,
Y bebiendo, su ardimiento
Templa y el ardor fogoso:
Se reanima: el car-millo
Toca con aire sencillo;
Goza contento entre abrojos:
Mas gozara con tus ojos

Por entre el monte enredoso
Sus sabuesos jadeantes,
En su ejercicio constantes
Lleva el cazador brioso:
Al ciervo tiró certero,
Hiere al jabalí altanero,
Descansa entre unos rastros:
Mas descansara en tus ojos.

En los jardines queridos
Brillan las divinas flores,
Con perfumes y colores
Por el céfiro esparcidos;
La rosa, el jazmin indiano
El narciso italiano,
Despiertan dulces antojos.
Mas los despiertan tus ojos.

De todas las perfecciones
Que crió naturaleza,
Con su saber y grandeza,
Con sus formas y sus dones,
Es preciso conocer
Que jamás se podrá ver,
Aunque en delirios y antojos,
Mas perfeccion que tus ojos.

Vuela el tiempo, Ceferina,
Herirás á un lisonjero
Con ese aspecto hechicero
Y con tu vista divina;
Yo en tanto sigo gozoso,
Expresivo, cariñoso,
Y en mi edad entre cerrojos
Siempre admirando tus ojos.

J. M. DE ARRABIDE.

Un niño á su madre.

(Del francés.)

Despierta, madre, que ya apunta el dia
Y acabo de rezar mis oraciones.
Bellas auroras quedan todavia:
Mas se acercan las tristes estaciones.

Ayer, ya ví partir las golondrinas,
Llorar la alondra, amarillear el prado,
Las aves del invierno peregrinas
Augurarnos su lúgubre reinado.

Despierta, madre, y ven: juntos iremos
A ver el arroyuelo entre la grama:
Juntos tu grey alegre miraremos
Acudir á tu acento que la llama.

Bajaremos al prado antes que impida
Nuestro paso el raudal vuelto torrente:
Aun la colina está verde y florida,
Todo está aun fragante y reluciente.

Verás rizado el apacible lago
Del viento al beso salpicar tu pecho,
Oírás su arrullo sonoro y vago
Como el que alza la brisa en nuestro techo.

El ruiseñor te entonará su letra;
Yo iré á cogerte flores olorosas,
Y hasta las breñas donde el sol penetra,
Nidos iré á buscarte y mariposas.

¡Pero hoy no te sonríes!... ¿qué me escondes?

Déjame darte un beso dulce y ledo:

¡Despiértate!... mas ¡ay! no me respondes...

¡Mira que tu silencio me da miedo!

¡Qué! ¿no he estado sumiso y obediente?...

Yo le rezo al Señor tarde y mañana,

Yo guardo siempre pan al indigente,

Yo abro al ave aterida mi ventana.

¡Y tú callas!... Pareces insensible...

¡Habla!... ¡Pero hay dos lágrimas de duelo,

Padre, en sus ojos! ¡Ah! ¿será posible?...

— « ¡Pobre niño, tu madre está en el cielo!

Cuando el gusano que en la tumba habita

Pasa á la flor por distraer su hastío,

La flor se aja, incolora y cae marchita: »

¡Así ha muerto tu madre, oh hijo mío!

JOSE A. CALCAÑO.

Inauguración

DE LAS OBRAS DE LA COMISION EUROPEA EN SOULINA.

(Segundo artículo. — Véase el número 460.)

En un primer artículo hemos dado cuenta de las interesantes obras de la comision europea del Danubio, señalando al mismo tiempo los magníficos resultados obtenidos en las bocas de ese gran río. Hoy nos falta que hablar de la fiesta de inauguración dada por los comisarios de Soulina, lo que haremos extractando una correspondencia francesa fechada en Bukarest el 6 de octubre de 1861.

Los resultados mas patentes, mas satisfactorios del tratado de Paris, dice esta correspondencia, son hasta el día la constitucion política de los Principados Unidos y las obras de utilidad general ejecutadas en Soulina. Los trabajos emprendidos en las bocas del Danubio merecen llamar la atencion de la Europa si se consideran sus resultados políticos y económicos, y es de extrañar que para la prensa en general hayan pasado casi desapercibidos. Se comprende pues fácilmente que los comisarios hayan querido coronar con una fiesta solemne una empresa internacional que hizo posible el tratado de 30 de marzo, y que ha sido llevada á buen término con una habilidad digna de todos los elogios.

Fijada para el 3 de setiembre la fiesta de inauguración, se enviaron muchas esquelas de convite por todo el curso del Danubio, á los puertos del mar Negro y del Levante. Muchas personas aceptaron; pero tengo el sentimiento de decir que el cuerpo diplomático de Constantinopla y el alto comercio de esta capital, tan interesado en el buen éxito de las obras de la comision europea, mostraron pocos deseos de atravesar las veinte y cuatro horas de mar que les separaban de Soulina, de modo que solo han brillado por su ausencia. La prensa estaba representada por tres correspondientes de periódicos ingleses y franceses, á los que se unió un fotógrafo prusiano, M. Schwartz, autor de las reproducciones que acompañan.

En los Principados Unidos las invitaciones de la compañía europea habian sido acogidas con mucho gusto. Todos comprendian cuán importantes son las obras de Soulina para la Moldavia y la Valaquia, puesto que por ellas se facilita el acceso del Danubio y se hace menos costoso para la marina mercante de Europa. Gracias á la comision europea los buques llegarán en lo sucesivo sin peligro á los puertos de Ibraila y de Galatz, y podrán bajar á la mar sin sufrir los enormes gastos de alijadores que causaban tantos perjuicios á los armadores y á los capitanes. Es de esperar que muchos buques cesarán de ir á buscar sus cargamentos á los puertos lejanos del mar de Azof y se abastecerán en los Principados Unidos. Ningun estado sacará pues mas provecho que la Moldavia y la Valaquia de las obras de Soulina. El gobierno del príncipe Couza ha querido corresponder á estos beneficios dictando una medida económica tan oportuna como inteligente y cuya importancia aprecian ya los grandes mercados del Mediterráneo: desde hace dos meses están suprimidos todos los derechos de exportacion, y las cámaras no tardarán en ratificar esta medida. Al pasar por Galatz he sabido que el príncipe Couza se propone convertir este puerto en depósito, idea digna de alabanza como todas las que tiendan á llamar al comercio europeo á los Principados Unidos, y á desarrollar las inmensas riquezas de su territorio.

El príncipe Couza agradecido á las simpatías que le demuestran por todas partes, habia designado á su ministro de Negocios extranjeros en Valaquia M. Arsaki, y al presidente de uno de los altos cuerpos del Estado, de la comision central, el general N. Golesco, para representar á los Principados Unidos en la fiesta de la inauguración de las obras de Soulina.

En la mañana del 1º de setiembre muchos de los convidados de la comision europea se hallaban reunidos en Giurgewo. Las aguas del Danubio estaban bajas y el vapor austriaco no debia llegar hasta las once de la noche, de modo que para matar el tiempo atravesamos el Danubio y pasamos á Rouchouq. En diez minutos llegamos á la orilla turca. Casas de madera, calles estrechas, tortuosas y sucias, es todo lo que vimos. Rouchouq en efecto, no encierra ningun monumento curioso, y en cuanto á la historia moderna se resume en dos fechas, 1811 y 1827, dos ocupaciones rusas. Esta ciudad llegará á ser un punto de tránsito importante el día en que se ejecute el ferro-carril que debe ponerla en comunicacion con Varna y que ha sido concedido ya

por la Puerta. Por la tarde volvemos á Giurgewo, que es otro mundo. Giurgewo es ya la Europa; una ciudad de provincia con calles bien derechas, bien empedradas, limpias y con un bonito paseo público. Los turcos han poseído esta ciudad antiguamente.

A las once de la noche nos embarcamos en el *Albrecht*, de la compañía imperial y real austriaca, que ha monopolizado la navegacion del Danubio con sus 600 buques, entre los cuales se cuentan 130 vapores; pero gracias al tratado de Paris, la navegacion del río ha quedado libre y la bandera tricolor de la marina franco-serbia ondea sobre su corriente. El atrevido capitán Magnan ha subido el Danubio al través de la Hungría que le aplaudia en ambas márgenes, y ha enseñado á los habitantes de Viena sorprendidos la bandera francesa.

De noche pasamos por delante de Oltenitza, Tourtoulka y Silistri, ilustrados por la hermosa campaña de los turcos en 1854, y en la mañana siguiente estábamos en Galatz, punto de reunion de los convidados de la comision europea.

La compañía del Danubio habia facilitado un bonito y rápido vapor, y á las cuatro de la mañana del día 3 el *Mercur* llegaba de Ibraila muy empavesado y con la bandera especial que habia sido preciso crear para las necesidades del servicio de la comision europea. El tiempo era hermosísimo: una muchedumbre inmensa subia los muelles y aplaudia la excelente banda de música del 4º regimiento de infantería rumana embarcada en Galatz y enviada por orden del príncipe Couza á Soulina. A las cinco el *Mercur* volvía á ponerse en camino.

Muchos de los comisarios habian llegado de antemano á Soulina para organizar la fiesta, y otros, los señores Engelhardt, Strambio y Saint-Pierre hacían los honores del *Mercur*. A bordo se hallaban tambien M. Arsaki, el general N. Golesco, el príncipe A. Cantacuzeno, prefecto de Galatz, á quien se habian unido muchos funcionarios públicos y oficiales de las guarniciones de Galatz y de Ibraila, luego el cuerpo consular y varias diputaciones del alto comercio de estos dos puertos. Entre los convidados se notan otras personas distinguidas, cuya enumeracion seria larga.

Algunas horas mas tarde llegábamos á Toultscha, y el *Mercur* recibia á bordo al gobernador general de la Dobrudja, Rachid-bajá, encargado de presidir las fiestas de Soulina y de representar en ellas á la Puerta en reemplazo del ministro de Obras públicas Savfet-Efendi que no habia podido salir de Constantinopla. Al mismo tiempo se embarcaban el clero turco y el clero griego que debian funcionar en la ceremonia, el marqués de Louviers, cónsul de Francia, una diputacion del comercio de Toultscha, y varios funcionarios y oficiales otomanos.

Tenemos nueve horas de navegacion al través de las bajas y pantanosas llanuras que forman el delta del Danubio: paisajes monótonos, muchas cañas y ningun árbol. Por fin á las dos y media entramos en Soulina: la ciudad se extiende á nuestra derecha. Hace cuatro años habia yo visto Soulina y no era mas que una aglomeracion de cabañas de paja; hoy es un pueblo con casas de madera, y con dos ó tres construcciones de piedra. La poblacion se ha mejorado tambien: su masa se componia antes de todos los condenados por la justicia oriental, que vivian allí á espensas del comercio marítimo que frecuenta esos parajes, gentes de costumbres violentas y á menudo feroces, que eran en su mayor parte griegos de las islas y del continente. Hoy la situacion se ha mejorado un poco: la administracion turca ha disminuido el mal, y la comision europea con sus obras y sus reglamentos de navegacion ha destruido casi enteramente la especie de piratería que entorpecía el desarrollo del comercio marítimo.

Volvamos a la relacion de la fiesta. La artillería anuncia la llegada del *Mercur*, y en las dos orillas del río á lo largo de las bocas (1) están escalonados los buques mercantes y los buques de guerra en su apostadero, que nos saludan al pasar, todos ricamente empavesados. Bajamos lentamente entre dos hileras de barcos, hasta que un bote se acerca al *Mercur*; habiamos llegado demasiado pronto y aun no era tiempo de empezar la ceremonia. El capitán del *Mercur* propone que continuemos navegando hasta la extremidad de los muelles y que salgamos á dar un paseito por el mar Negro, lo que aceptamos muy gustosos. Los muelles están engalanados con banderas por todas partes. En medio del del Norte se elevan siete mástiles con las siete banderas de las potencias que firmaron el tratado de Paris, y en el centro ondea la bandera turca. Al extremo del muelle del Norte se eleva una farola guarnecida de cristales en los que se destacan de noche las cifras que indican la profundidad de las aguas en la barra. Estamos en la mar, y pronto su influencia se hace sentir en algunos de los convidados. El *Mercur* se apresura á volver, y en breve fondeamos delante de la escala de desembarco que llega al nacimiento del muelle del Norte, donde tenrá lugar la ceremonia religiosa.

Nos reciben los señores Stokes, Becke y Offemberg, comisarios de Inglaterra, de Austria y de Rusia. El sétimo comisario, el de la Puerta, Fevzi-Omer-bajá se ha quedado indispuerto en Toultscha. La guarnicion está sobre las armas, y á las autoridades de la ciudad precede Achir Efendi, gobernador de Soulina. Forman un gran círculo en cuyo centro se coloca un iman, Hadji-Dervich-Efendi, quien con las manos alzadas al cielo recita una plegaria solicitando la bendicion de Dios para las obras ejecutadas por la comision europea. Despues el vicario del obispo griego de Toultscha asistido por tres sacerdotes hacia otra oracion del mismo género.

(1) Véase el dibujo publicado en el número 460.

Prévia la invitacion de la comision europea, se forma un cortejo que se adelanta hasta el extremo del muelle del Norte, donde debia quedar consignada oficialmente la profundidad del agua sobre la barra. Un bote dirigido por M. Hartley recorre todo el espacio comprendido fuera, delante y en la entrada del paso, y á presencia de todos consigna la existencia de un fondo de 17 piés y medio de agua. Este magnífico resultado de las obras de la comision europea se inscribió al punto en un acta leida en alta voz al estampido de la artillería de los buques de guerra. Al mismo tiempo Rachid-bajá en nombre de la Puerta entregaba al entendido ingeniero la condecoracion de cuarta clase de la orden de Medjidíé. Un vapor trasladó al cortejo al extremo del muelle Sur, por donde se saltó á la tierra firme.

Cerca de la playa se elevaba un vasto salon de madera adornado con guirnaldas y rodeado de mástiles con los siete colores internacionales. Siete mesas esperaban á los convidados de la comision europea. La comida habia venido de Pesth, segun me dijeron; no lo dudo, pero séame permitido desear que las ideas revolucionarias que agitan á la Hungría hagan una invasion en el dominio de la gastronomía. Por lo demás, era maravilloso aquel festin en el rincón perdido del mundo que se llama Soulina. Gracias á la ayuda de la música rumana, del cuerpo de pilotos de Soulina y de las autoridades de la ciudad, se despacharon trescientas botellas de exquisito champaña que hicieron acoger con unánimes aplausos los doce discursos ó brindis pronunciados en la comida.

El banquete estaba presidido por M. Engelhardt, comisario de Francia, que tenia á su derecha á Rachid-bajá, y á su izquierda á M. Arsaki. Cada uno de los seis comisarios restantes hacia los honores en una de las otras mesas. En un extremo del salon se elevaba una tribuna para las señoras, y en el otro la música militar rumana ejecutaba brillantes sinfonías.

Los brindis y discursos pronunciados son estos: por M. Stokes, comisario de Inglaterra, al Sultan; por el baron de Offemberg, comisario de Rusia, á los soberanos representados en la comision europea; por el caballero Strambio, comisario de Italia, al príncipe reinante de los Principados Unidos; por Rachid-bajá á la comision europea; por M. Arsaki (en respuesta al brindis dirigido al príncipe Couza), discurso en que el ministro de Negocios extranjeros de Valaquia ha anunciado en medio de aclamaciones generales, las atrevidas medidas económicas que acaba de tomar el gobierno rumano, y que he señalado mas arriba; por M. Rodonachi, delegado del comercio de Galatz y de Ibraila, á la comision europea; por M. Becke, comisario de Austria, en respuesta al brindis precedente; por M. Engelhardt, comisario de Francia, á la marina; por el capitán de fragata Haligon, en respuesta al brindis precedente; por M. Saint-Pierre, comisario de Prusia al cuerpo consular, y por el decano del cuerpo consular de Galatz, en respuesta al anterior.

Uno de estos brindis llamó particularmente la atencion de la asamblea, y fué el siguiente pronunciado por el comandante del apostadero naval francés en las bocas del Danubio, M. Haligon:

« Señores, si la marina tiene algunos derechos á vuestras gracias, vosotros no careceis de títulos á su gratitud. En la vida del marino, siempre tan llena de emociones, hay un momento terrible, y es aquel en que despues de haber gastado todas sus fuerzas en una lucha contra el mar, su implacable enemigo, se ve obligado á ceder y á buscar un refugio contra sus furiosos. Ese refugio tan raro en el mar Negro, imposible de hallar, digámoslo así, de Constantinopla á Soulina, vosotros nos le habeis abierto aquí mismo. Hace aun pocos dias, con un viento furioso y un mar alborotado, un vapor francés se presentaba delante de la barra cuando el faro marcaba 17 y medio, las cifras que mis cañones han saludado hoy con la mayor alegría. El valiente capitán no titubea, entra en los diques, y el *Taurus* atraviesa sin dificultad el paso donde hace pocos meses se habria perdido infaliblemente. Sí, señores, muchas veces vuestro nombre y el del honorable ingeniero que tan felizmente ha llevado á cabo esas obras, serán benedicidos por pobres marinos que, gracias á vosotros, habrán encontrado en Soulina un refugio seguro. »

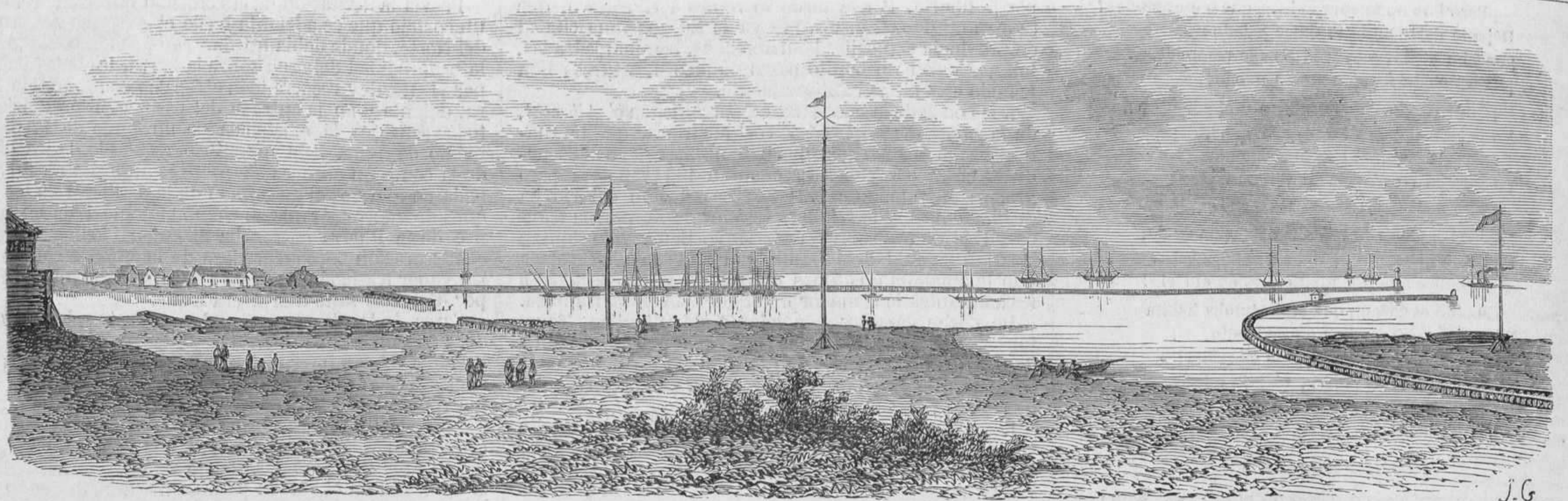
El ingeniero Hartley no ha sido olvidado, y su respuesta al brindis le valió un aplauso unánime. El comercio de Galatz y de Ibraila ha decidido regalar á M. Hartley un jarrón de plata.

M. Mohler, secretario general de la comision europea, ha recibido las justas felicitaciones debidas al celo y al saber de que ha dado pruebas en el desempeño de sus importantes funciones.

Habia entrado la noche, y al salir del salon del banquete los convidados admiraron una magnífica iluminacion de los muelles alumbrados con fuegos de Bengala. Los buques de guerra se habian cubierto de luces de colores, y las fiestas se terminaron con unos hermosos fuegos artificiales.

A las once de la noche todos los convidados de la comision europea estaban á bordo, y á las dos de la madrugada el *Mercur* subia el Danubio hacia Galatz adonde llegamos al medio día.

Navegando hasta Giurgewo distinguimos muchos vapores de la compañía austriaca, cargados de una inmensa cantidad de pasajeros enfermos ó estropeados; en las escalas se apiñaba una muchedumbre de paralíticos, ciegos, cojos, leprosos y muchachos contrahechos. Todos corren á Silistri, en donde acaba de aparecer un profeta, un santo, que todo lo cura con agua de pozo y oraciones. Anguelouch habia sido tendero de comestibles (*bacal*) en Silistri, pero ha recibido



DIQUES CONSTRUIDOS POR LA COMISION EUROPEA DEL DANUBIO EN LA EMBOCADURA DE SOULINA.

revelaciones de la Santísima Virgen, y afirma que está en comunicacion con ella. No sé por qué milagro enseña á sus enfermos la imagen de Maria en el fondo de un pozo cuyas aguas son un remedio universal; algunos no ven nada, son las personas sin fe. Sea como quiera, Anguelouch es hoy el hombre mas célebre de los países danubianos. Para que se comprenda el entusiasmo que excita por todas partes, diré que los peregrinos acuden á miles de todas las provincias de la Turquía de Europa, de los Principados Unidos, de la Polonia, de la Rusia, de la Hungría, de Constantinopla y de la Grecia. Siento no haberle podido visitar; no le conozco mas que por una horrible litografía que ningun peregrino quiere ceder, y que me han dicho no se le parece nada. Han ido diputaciones de las ciudades del Danubio y del clero á suplicarle que les haga una visita, y por todas partes ha sido recibido con



EL FARO EN LA EMBOCADURA DE SOULINA.

entusiasmo. Ya el santo va haciendo escuela. En Bukarest dos individuos han arrojado agua bendecida por Anguelouch en el pozo de la iglesia de Santa Paraskevi, y hé aquí otro pozo milagroso. Al punto ha corrido á él la muchedumbre; pero las autoridades no han querido dejar el campo libre á estas especulaciones, y de acuerdo con el metropolitano han cegado el pozo y puesto en la cárcel á los dos sectarios. Lo mas claro en todo esto es un magnífico resultado en metálico para Silistri, y sobre todo para las iglesias griegas de esta ciudad. Las malas lenguas de Bukarest aseguran que la compañía austriaca pondera altamente los prodigios operados por Anguelouch, y que puede citar en apoyo de sus alabanzas un total extraordinario de 40,000 florines recaudados en menos de dos meses sobre la masa de los peregrinos que han ido á visitar al tendero convertido en santo.

A. B. 4



ROUTCHOUQ, CIUDAD TURCA EN LAS MARGENES DEL DANUBIO.

Las provincias serbias

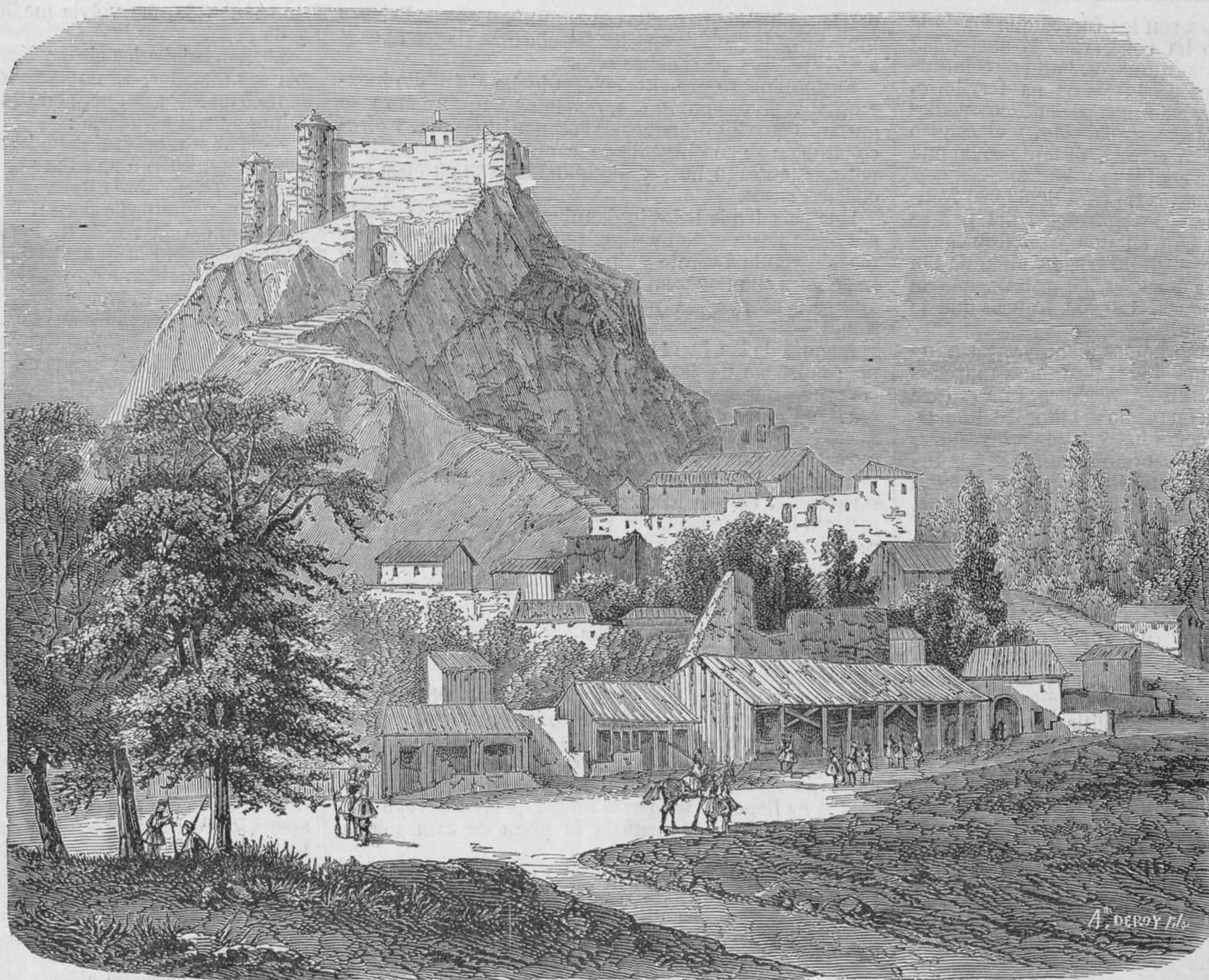
DEL IMPERIO TURCO.

EL MONTENEGRO.

(Véase el número 462.)

Al extremo sudoeste del vasto territorio ocupado por la raza serbia á algunas leguas del Adriático, enfrente de Antivari y de las bocas del Cattaro, los Alpes de Dalmacia, de Bosnia y de la Herzegovina se encuentran con los Alpes helénicos y los Balkanes en un conjunto confuso y enmarañado de mesetas irregularmente sobrepuestas, de montañas áridas y peladas y de pequeños valles donde las aguas sin salida se pierden en lagos, pantanos y conductos subterráneos.

En el centro una série de valles un poco mas abiertos forma las cuencas del Zetta y del Moracta, que se reúnen cerca de Padgoritza para arrojar en el lago de Scutari, y dan paso á malos caminos que atraviesan ese pais y conducen á la Herzegovina, la Bos-



LA FORTALEZA DE JABLIK (Albania).

nia y la Daimacia. Esta comarca debe á su aspecto sombrío y silvestre el nombre de *Monte-Negro* que lleva en todas las lenguas de las naciones contiguas: es la *Tsernagora* de los serbios, el *Mal-Isis* de los albaneses, el *Karadagh* de los turcos, y en fin, el Montenegro de los pueblos latinos.

El Montenegro no tiene mas de 98 kilómetros de largo sobre 47 de anchura. Su superficie es de unos 3,500 kilómetros cuadrados, y su población está calculada por unos en 120,000 almas y por otros en 80,000. El príncipe Nicolás en un documento reciente la calcula en 200,000 comprendiendo sin duda en esta cifra los territorios de Nicksich, de la Lieschkopolia y de la Spizza, cuya posesión reclama.

Pocos paises hay mas miserables que este. El terreno poco fértil y poco susceptible de labranza no ofrece otras riquezas que hermosos bosques y buenos pastos. Separado del Adriático por la Dal-



PUESTO ALBANÉS EN JABLIK Á LA ORILLA DEL LAGO DE SCUTARI.

heridas profundas, cada vez también en su misericordia me daba el bálsamo que las cicatriza. Una sonrisa de tu rostro angelical me bastaba para elevar al cielo una plegaria de gratitud. Al menos tú eras dichosa, y en esta parte cumplía ya mi promesa.

Por fin llegué á creer que el mismo Dios nos había enviado un hombre que te salvaría de la miseria. Una inclinación recíproca entre vosotros me infundió la esperanza de que te casarías con Gustavo. Entrando en explicaciones con este fin, dí á conocer á M. Denecker en su última visita el deplorable estado de mi fortuna, y al oír esta revelación se negó á consentir en la boda. Como si este golpe terrible que aniquilaba mis más gratas esperanzas no hubiese bastado, supe al mismo tiempo que el amigo que me había prestado cuatro mil francos, con la facultad de renovar cada año mi obligación con él, había muerto en Alemania, y que los herederos reclamaban el pago de la deuda. He recorrido toda la ciudad, he llamado á todas las puertas amigas, he removido cielo y tierra en mi desesperación para libertarme de esta última ignominia, y todos mis esfuerzos han sido infructuosos. Mañana quizá pondrán en la puerta del Grinselhof un cartel anunciando la venta no solo de todos nuestros bienes, sino de los muebles y de los objetos que nos son caros. La honradez exige que entreguemos á la subasta pública todo lo que tiene algún valor á fin de cubrir el total de nuestras deudas. Si la suerte nos favoreciese hasta el punto de que pudiéramos satisfacer á todos los acreedores, sería todavía una gran felicidad en medio de nuestra miseria.... ¡Leonor, tu sonrisa es tan suave!.... Tus ojos brillan de alegría.... ¿no te entristece pues esta ruina fatal?

— ¿Y es eso lo que os acaba, padre mío? ¿No teneis ninguna otra pena? ¿Vuestro corazón no guarda ningún secreto? preguntó la joven.

— Nada más, hija mía; ahora lo sabes todo.

— No hay duda, repuso Leonor con gravedad, que un golpe semejante sería considerado por otras personas como una espantosa desgracia; pero ¿qué puede contra nosotros? ¿Porqué vos mismo habláis con tanta calma? ¿Porqué parecéis como yo indiferente al inexorable fallo del destino?

— ¡Ah! es porque tú me has infundido valor y confianza, Leonor; porque después de haberme violentado tanto tiempo, he vuelto á entrar francamente en plena posesión de tu amor; es porque tú me dejás la esperanza de que no serás demasiado desgraciada. Sé lo que vas á responderme, noble hija que Dios me ha dado como un escudo contra todas las penas. Pues bien, aceptaré la ruina sin humillar mi frente, y me someteré resignado á la voluntad de Dios. ¡Ay! prosiguió con tristeza, ¿quién sabe sin embargo qué padecimientos nos esperan? Errar por el mundo, buscar lejos de los que nos conocen un asilo ignorado, ganar trabajando el pan de cada día... ¡no sabes, Leonor, cuán amargo es el pan de la miseria!...

La joven se estremeció al ver que la tristeza volvía á extenderse como un velo sombrío sobre la frente de su padre. Le tomó las manos con efusión, y mirándole tiernamente, le dijo con voz suplicante:

— ¡Ah! padre mío, recobrad vuestra serenidad; creedme, seremos dichosos. ¿Porqué hemos de mirar con espanto nuestra futura posición? Yo soy muy diestra en todas las labores de mujer, y luego me habeis enseñado bastante en artes y ciencias. Tendré fuerzas por entrambos, y Dios nos protegerá. Viviremos reducidos, pero en paz, con el corazón sosegado, siempre juntos, amándonos el uno al otro, haciéndonos superiores al infortunio en el cielo que nos prepara nuestro sacrificio común, en el cielo de un amor infinito. ¡Ah! Me parece que ahora va á principiar para nosotros la verdadera felicidad del alma; sí, padre mío, seremos muy dichosos.

El señor de Vlierbecke contemplaba extasiado á su hija; aquella voz entusiasta, aunque siempre suave, le había conmovido de tal modo; aquel valor cuyos motivos penetraba, le inspiraba una admiración tan grande que sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría. Estrechó á Leonor sobre su seno, y su mirada se elevó al cielo con una expresión de exaltación religiosa.

Así permaneció largo tiempo sin hablar, enajenado en dirigir una acción de gracias hacia el trono de Aquel que le había dado una hija tan angelical como Leonor.

VIII.

El señor de Vlierbecke no se engañaba; se pusieron carteles anunciando la venta de todos los bienes del noble. La noticia causó gran sensación, pues todos se sorprendieron al saber de oficio la ruina de un hombre á quien habían creído tan rico y tan avaro.

Como se inventó por pretexto de la venta que el señor de Vlierbecke pensaba dejar el país, nadie habría podido adivinar el verdadero motivo, si en la ciudad no se hubiera dicho que el noble se había resuelto á hacerla para pagar á sus acreedores, y que se hallaba sumergido en la última miseria. Todo se sabía, hasta la causa misma de su desgracia, esto es, el socorro que había prestado á su hermano, si bien no se conocían las circunstancias particulares del hecho.

Desde que se habían fijado los carteles, el noble vivía más retirado aun á fin de evitar las explicaciones. Esperaba con resignación la época de la venta, y aunque el dolor solía á veces apoderarse de su alma, hallaba en los incansables consuelos de su hija la fuerza suficiente para ver llegar el día fatal con una especie de orgullo.

Por entonces vino á recibir de Roma una carta de

Gustavo, carta que contenía al mismo tiempo algunas líneas para su hija. El joven anunciaba que la ausencia había hecho más vivo que nunca el cariño que tenía á Leonor, y que su único consuelo era la esperanza de poder casarse con ella algún día. Pero por otra parte su carta era triste; decía que todos sus esfuerzos para vencer la obstinación de su tío habían sido infructuosos hasta entonces.

El señor de Vlierbecke no disimuló á Leonor que debía perder toda esperanza de enlazarse con Gustavo, y que obraría cuerdamente tratando de olvidar aquel infortunado amor para no crearse nuevas pesadumbres.

Ahora, como la pobreza de su padre era una cosa declarada, Leonor se hallaba convencida de que nunca podría efectuarse aquella unión; sin embargo, la colmaba de júbilo y la fortificaba la idea de que Gustavo la amaba aun; que aquel cuyo recuerdo y cuya imagen llenaban su corazón, pensaba siempre en ella.

Por su parte Leonor también cumplía sus promesas fielmente. ¡Cuántas veces pronunciaba en la soledad el nombre de su amado! ¡Cuántos suspiros se exhalaban de su seno en el jardín, como si hubiese querido confiar al céfiro la misión de llevar á climas más suaves los votos de su alma! Estando sola repetía sus más tiernas confidencias, y en sus paseos meditabundos bajo la sombra de los caminos preferidos, se detenía en cada lugar en donde una palabra, un apretón de manos, una mirada de él la habían conmovido.

Como si todas las desgracias que podían despedazar el corazón del noble debieran caer sobre él á un tiempo, recibió de América la noticia de la muerte de su hermano. El infortunado había sucumbido á una enfermedad lenta y dolorosa en los desiertos que se extienden más allá de la bahía de Hudson.

El señor de Vlierbecke lloró algún tiempo la pérdida de un hermano á quien quería mucho; pero su espíritu tuvo que desviarse forzosamente de esta desgracia para fijarse en su propia suerte.

Por fin llegó el día de la venta.

Desde por la mañana el Grinselhof fué invadido por toda clase de personas, que movidas por la curiosidad ó por el deseo de comprar, recorrieron todas las habitaciones del señor de Vlierbecke, calculando para sí el valor de todos los objetos que veían.

El desgraciado noble había hecho trasladar á las calles más espaciosas todos los objetos que podían ser vendidos. Ayudado por su hija, había pasado toda la noche anterior limpiándolos y poniéndolos en buen estado, á fin de que los compradores ofrecieran precios ventajosos. Y no era el interés personal el que le había inspirado este cuidado, pues habiéndose adjudicado algunos días antes, y con mucha pérdida, los bienes raíces, sabía muy bien que la venta total no podría pasar en ningún caso de la cifra á que ascendían sus deudas.

El noble sacrificó el descanso de la noche en interés de sus acreedores y á fin de disminuir sus pérdidas lo más posible.

Probablemente el señor de Vlierbecke tenía el designio de no prolongar su permanencia en el Grinselhof después de hecha la venta, pues entre los lotes expuestos para la subasta se podían ver dos colgaduras de cama y una porción de vestidos que pertenecían á él ó á su hija.

Leonor se había marchado muy temprano á la granja, donde debía esperar que todo estuviera concluido.

A las diez el salón donde debía comenzar la venta estaba atestado de gente; personas de la nobleza se hallaban mezcladas con los ropavejeros y los usureros que habían acudido presurosos de la ciudad olfateando alguna ganancia; había allí campesinos que discurrían en voz baja y con sorpresa sobre la ruina del señor de Vlierbecke, así como había hombres que se reían á carcajadas y se divertían con toda clase de bromas mientras el notario leía las condiciones de la almoneda.

Esta principió media hora después.

El guarda campestre estaba en pie sobre una mesa á título de pregonero; el notario anunciaba un hermoso aparador cuando apareció el señor de Vlierbecke que se fué á colocar cerca de la mesa de la subasta.

Su aparición causó un movimiento general entre los espectadores; las cabezas se acercaron, y todos miraban al noble con una especie de insolente curiosidad á la cual se mezclaba en algunos de los asistentes un sentimiento de conmiseración; en la mayor parte de ellos no se notaba más que indiferencia é ironía.

Esta actitud malévolá de la asamblea solo duró un instante, pues muy luego el rostro imponente y severo del noble impuso á todos el respeto y la admiración. Estaba pobre, la fortuna le había herido materialmente; pero en su firme mirada y en sus serenas facciones resplandecía un alma independiente y valerosa, á la que el infortunio no parecía haber quitado un ápice de su grandeza.

Sin embargo, el notario prosiguió la venta, ayudado en la tasación de los objetos por el señor de Vlierbecke que daba noticias de su origen, de su antigüedad y de su justo valor.

De tiempo en tiempo algún noble de la vecindad que se había hallado en relaciones amistosas con el padre de Leonor se acercaba á él para hablarle de su desgracia; pero el señor de Vlierbecke sabía libertarse muy luego de estos consuelos indiscretos. Se expresaba con tanta libertad, y permanecía tan dueño de sí mismo, que nadie hallaba ocasión de manifestarle una compasión inoportuna. Mas aun: había en su actitud y en sus ademanes una expresión tan noble y elevada que ninguno podía apartarse de él sin una emoción respetuosa.

Pero si el rostro del señor de Vlierbecke estaba sereno, si en su mirada brillaba una invencible fuerza de alma y un alto sentimiento de su propia dignidad, su corazón estaba lacerado por los más penetrantes dolores. Todo lo que había pertenecido á sus abuelos, objetos que tenían las armas de su familia y que se habían conservado religiosamente en su posesión hacia dos ó tres siglos, todo esto lo veía vender á un precio vil y lo veía pasar á manos de los usureros. A medida que aquellas reliquias históricas aparecían en la mesa, los anales de su ilustre raza se desarrollaban ante los ojos del noble: ¡prueba cruel en la que parecía que cada objeto arrancaba un recuerdo de su corazón despedazado!...

La venta tocaba á su fin cuando descolgaron de la pared para subastarlos los retratos de los hombres ilustres que habían llevado el nombre de Vlierbecke. El primero, el del héroe de San Quintín, fué adjudicado por tres francos...

Había en la venta de este retrato y en el precio ridículo que habían pagado por él una ironía tan amarga para el noble, que por primera vez asomó á su rostro el suplicio que tenía á su alma en tormento. Bajó los ojos y se sumergió en penosas y sombrías reflexiones, después de lo cual volvió á levantar la frente, y visiblemente conmovido salió del salón para no presenciar la adjudicación de los demás retratos.

El sol había recorrido ya las tres cuartas partes de su carrera diaria.

En el Grinselhof un silencio de muerte ha sucedido á las voces de los compradores; ya no hay nadie en los solitarios senderos del jardín, la puerta está cerrada, y todo ha vuelto á entrar en el sosiego de costumbre: diríase que no ha pasado nada en aquellos lugares.

De repente se abre la puerta de la habitación del señor de Vlierbecke, y dos personas aparecen en sus umbrales: un hombre anciano y una joven, cada uno de ellos con un pequeño envoltorio en la mano y como dispuestos á emprender un viaje.

Diffícil es reconocer al señor de Vlierbecke y á su hija bajo los humildes vestidos que los cubren; sin embargo, ellos son. Se conoce que han hecho esfuerzos para despojarse de toda exterioridad engañosa, tomando desde luego el aspecto de la pobreza.

Leonor lleva un vestido de indiana de color oscuro, con una gorra blanca en la cabeza y un pañolito al cuello; no se distingue su cabello, ya porque le oculte la gorra, ó ya porque esté cortado.

El noble vistió una levita de paño negro abotonada hasta arriba, y cubre su cabeza una cachucha cuya ancha visera disimula casi enteramente sus facciones.

Sin embargo, á pesar de su sencillez, estos vestidos no carecen de cierta distinción. Por más esfuerzos que han hecho los que los llevan para disfrazar su antigua condición, queda en el aire de las personas, aun con aquella humilde vestidura, algo de indefinible, pero que revela claramente un origen elevado.

La fisonomía del padre no está alterada; pero sería imposible decir si en ella se descubre alegría, indiferencia ó dolor.

Únicamente Leonor se presenta firme y decidida, aunque está á punto de dejar el lugar de su nacimiento, y va á separarse para siempre de todo lo que ha querido desde su infancia, de aquellos árboles seculares de frondosa enramada, bajo cuya sombra se ha despertado en su seno el primer sentimiento de amor, de aquel Fresno á cuyo pié la tímida declaración de Gustavo llegó á su oído como una palabra del cielo... Sí, Leonor se muestra firme y animosa, aunque aquel solemne adiós llena su alma de amarga tristeza.

Pero debe sostener á su desventurado padre, debe espiar en su rostro todas las emociones que agitan su corazón, debe cuidar de él atentamente para que no sucumba á las penas que le agobian. Hé ahí porqué su mirada es tan límpida y tan suave cuando clava sus hermosos ojos en el anciano.

El padre y la hija se dirigen á paso lento hacia la granja, donde entran para despedirse de los labradores.

La labradora se encontraba sola con su criada en el cuarto bajo.

— Venimos á despedirnos, la dijo el noble con un tono sereno y benévolo.

La labradora sobrecogida de una dolorosa ansiedad contempló un instante á los dos viajeros, miró su traje, y llevándose el delantal á sus ojos salió por otra puerta. La criada, apoyándose en el marco de la ventana, prorrumpió en sollozos, á pesar de los esfuerzos que hizo Leonor acercándose á ella para consolarla.

En breve la labradora apareció de nuevo con su marido á quien había ido á buscar fuera de la granja.

— ¡Ay! ¿con que es cierto que dejáis el Grinselhof? preguntó el labrador con voz ahogada; ¿y quizá no nos veremos más!

— Vamos, mi buena Beth, no lloreis por eso, dijo el noble tomando la mano de la labradora. Ya veis que soportamos nuestra suerte con resignación.

La pobre mujer alzó la cabeza, echó otra mirada á los vestidos de sus antiguos amos, y prosiguió llorando mas fuerte sin que le fuera posible articular una palabra.

El labrador que hacia un instante se había puesto á reflexionar con la vista clavada en el suelo, dijo de repente al noble con un tono firme:

— Os suplico que me permitais deciros algunas palabras... á vos solo.

El señor de Vlierbecke le siguió al aposento contiguo. El labrador cerró cuidadosamente la puerta y dijo vacilando:

(Se continuará.)

Puente del Kantara

SOBRE EL RUMMEL EN CONSTANTINA.

El 18 de marzo de 1857 á las siete y media de la mañana, un macho con su espolon del puente del Kantara se hundía y arrastraba en su caída las dos bóvedas que se apoyaban en él. De resultas de este acontecimiento, la ciudad de Constantina se encontró privada de toda comunicación con la orilla este del Rummel, y además la cañería de las aguas, indispensable para el consumo público, se había hundido igualmente con las bóvedas. El primer domingo del mes siguiente, la población bajaba en muchedumbre por el barrio árabe hasta el barranco donde la esperaba un espectáculo nuevo por su grandeza. Dos machos del puente del Kantara habían permanecido en pie, surcados ya por profundas grietas. El hundimiento de su parte inferior, causa primera de la ruina del viaducto, inspiraba graves inquietudes, y por esto el servicio de puentes y calzadas decidió su destrucción completa. A las doce del día se ponían en batería dos piezas de 24, y después de haber arrojado matemáticamente unas treinta balas, aquellas gigantescas ruinas se desplomaron de repente en medio de una nube de polvo y produciendo un estrépito espantoso que fué repetido por los ecos.

El puente del Kantara, de origen romano, había sido edificado sobre la mas larga de las bóvedas naturales que se hallan en el Rummel. Aun en nuestra época pocas obras de proporciones tan atrevidas han hecho los hombres. La clave de la bóveda natural está á 41 metros sobre el nivel del río; y como su grueso menor era de 16 metros, el punto mas bajo de los cimientos romanos dominaba á una altura de 57 metros el cauce del torrente.

Los materiales fueron sacados del peñon de Constantina; el calcáreo azul sirvió para la erección de los dos pisos. Los seis arcos superiores fueron destruidos en tiempo de la dominación turca. En 1790, Salahbey ordenó la restauración del puente. Desgraciadamente el arquitecto recurrió á los bancos mas tiernos del calcáreo que cubre la meseta del Mansurah, y con la ayuda de obreros genoveses, plantó la nueva fábrica sobre la antigua obra romana, cuyos restos hundidos sirvieron para tapar todos los primitivos arcos inferiores; uno solo quedó libre para el paso de las aguas.

Sesenta años no mas bastaron para destruir la piedra del Mansurah, incapaz de resistir á la presión de un peso semejante. La catástrofe de 1857 lo probó así; pero en todos los desprendimientos que se produjeron en la noche del 18 de marzo, los antiguos cimientos romanos quedaron firmes, y sobre su piso inferior se ha restablecido recientemente el sifon que conduce las aguas de

Sidi-Malruk. El conducto construido en 1844 por los franceses se había hundido con el puente. El plano n° 1 representa el puente edificado por los moros; la parte hachada indica los restos de las construcciones romanas. Se ve aquí un curioso bajo-relieve que figura dos elefantes. No olvidemos que esta vía no era una carretera; con lo cual se explican de antemano las dificultades que iban á surgir en cuanto se tratara de poner en comunicación los dos bordes del precipicio mediante un buen camino, sobre todo si se tiene en cuenta su gran diferencia de nivel. Por ejemplo, la punta Sidi-Rached está dominada á una altura de 93 metros por el barrio europeo de la ciudad, y este es el punto en que el bar-

plazado por un arco de fundición como el de Solferino, que el año último se edificó en el Sena. Aprobado este proyecto se puso inmediatamente en ejecución. Basta echar una mirada al n° 2 para descubrir los dos machos de puente que comienzan á elevarse. Al ejemplo de los romanos, sacan los materiales del peñon de Sidi-Mecid, y la mina trabaja sin descanso; toda la obra de fábrica será pues de calcáreo azul. En esa vista copiada del natural está notado el conducto de agua que baja sobre el piso inferior del puente. Las dos orillas del barranco están reunidas por los ramales de un sifon cuya presión es enorme, pues llega á tener cerca de 96 metros.

M. Darras, alférez de estado mayor, agregado al 3° de cazadores de Africa, que es el autor de los tres dibujos que publicamos, ha reproducido en segundo término una reducción del puente del Kantara tal como estará cuando se halle completamente terminado.

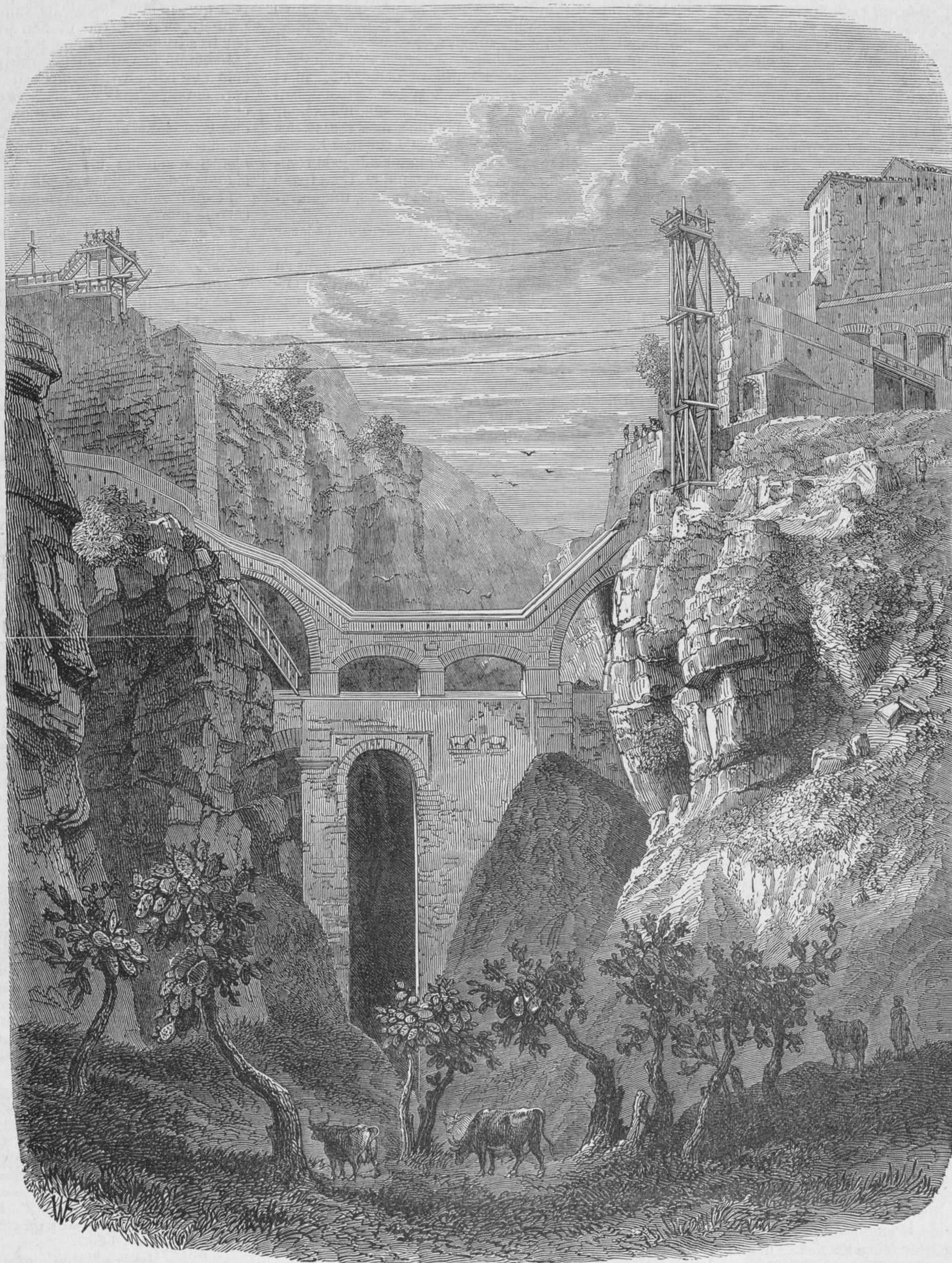
El arco principal, de un modelo muy elegante, tiene 56 metros de abertura. El viaducto del Ródano que comunica entre Tarascon y Beaucaire es el único de fundición que se conoce con arcos mayores; pero seguramente el puente del Kantara será la obra mas atrevida, en cuanto á elevación, de todas las que se han hecho en nuestra época. El tablero dominará el torrente á una altura de 120 metros, y los andamios que se van á levantar únicamente para montar las piezas de fundición, costarán 80,000 francos. La anchura entre los pretiles será de 10 metros incluso las aceras. Los revestimientos exteriores de los machos serán de piedra de sillería; en una palabra, la decoración de una obra tan importante resultará tanto de la armonía de las proporciones y de las grandes dimensiones como de la riqueza y el acabado de la ornamentación de detalle.

Los candelabros serán de fundición. Todas las piezas de metal saldrán de los talleres de M. Jorge Martin, constructor en Paris.

Por el lado de Constantina el puente comunicará con la ciudad por medio de un puente levadizo

que deben construir los ingenieros militares. La futura puerta del Kantara simulada sobre la izquierda de la figura 2, tendrá sus cimientos al nivel de la techumbre del cuartel de los Isolés, que debe cederla el pueblo. Por el lado de Sidi-Mecid, el viaducto dará frente á la estación proyectada del ferro-carril de Philippeville. El gasto total se elevará á la suma de 750,000 francos.

Los proyectos han sido trazados y ejecutados las obras por M. de Lannoy, ingeniero en jefe, y M. Lebiez, ingeniero ordinario de puentes y calzadas. — Constantina cuenta ya dos buenas obras de arte, su mercado de granos y el puente de Aumale llevado de Francia pedazo por pedazo; pero cuando el puente del Kantara haya sufrido victoriosamente su última prueba, la ciudad



OBRAS DEL PUENTE DEL KANTARA EN CONSTANTINA, SOBRE EL RUMMEL.

rango es mas angosto. Pero las circunstancias eran imperiosas. La necesidad de agua se hacia sentir, la circulación estaba interrumpida, y los árabes se veían precisados á alargar 4 kilómetros su camino para llegar á la población. Los ingenieros se pusieron á la obra, y presentaron un primer proyecto que consistía en la construcción de dos estribos destinados á sostener un tablero metálico sobre el modelo del puente de Kehl en el Rhin.

Cuando pasó por Constantina el señor ministro de la Argelia y de las Colonias, el inspector general de puentes y calzadas que le acompañaba prescribió diversas modificaciones. En noviembre de 1860 los ingenieros presentaron otro proyecto, en que el tablero fué reem-

podrá estar tan orgullosa por haber ordenado su restauracion, como los señores ingenieros por haber dejado su nombre en una obra grandiosa. C. DE K.

Vida y muerte del príncipe Don Carlos

POR W. H. PRESCOTT.

(Continuacion.)

El agente de Carlos regresó de su viaje á mediados de enero de 1568, y traia ciento y cincuenta mil escudos, cuarta parte de la suma que se habia pedido. Era lo bastante por el momento, y el príncipe ordenó que se le enviara el resto en libramientos.

«Ya habia llegado de Sevilla, dice Vander Rammen, Garci Alvarez Osorio con ciento y cincuenta mil escudos de los seiscientos mil que le habia enviado á buscar y proveer; y que así se apercibiese para partir en la noche siguiente, pues la resta le remitirian en pólizas en saliendo de la córte.»

Habiendo terminado el príncipe sus preparativos, comunicó su proyecto á su tío don Juan de Austria, y le rogó le acompañase en su fuga. Pero este, despues de haber tratado inútilmente de convencer á su sobrino de la locura de aquel acto, marchó de Madrid al Escorial, donde sin duda participó al rey su hermano lo que acababa de saber.

El 17 de enero hizo Carlos avisar á don Ramon de Tassis, director general de correos, á fin de que tuviese ocho caballos á su disposicion para la tarde: Tassis, sospechando alguna cosa, respondió que las caballerizas estaban vacías; pero habiendo recibido una nueva orden mas perentoria que la primera, hizo alejar los caballos y se fué en persona y á toda prisa al Escorial.

El rey no se descuidó en hacer lo que tuvo por conveniente algunos dias antes; «este poderoso monarca, dice el nuncio de Su Santidad, habia mandado, segun su costumbre, que se hiciesen oraciones en varios conventos para implorar el auxilio divino en un asunto de la mayor importancia.» Esas oraciones hubieran podido servir de aviso á Carlos, pero era ya demasiado tarde. Felipe marchó entonces sin demora á Madrid, donde los que le vieron en la sala de audiencia el 18 por la mañana, no reconocieron en su semblante impasible las señales de la próxima tempestad. En aquella misma mañana oyó el rey públicamente la misa con toda la demás familia real. Despues del servicio, visitó don Juan á su sobrino en sus habitaciones, y cerrando este las puertas, pidió á su tío que le refiriese la conversacion que habia tenido con Felipe en el Escorial. Don Juan eludió la cuestion como pudo, pero irritado el príncipe por las sospechas que habia concebido, tiró de su espada y se arrojó sobre su tío, que retrocediendo hácia la puerta y gritando á su adversario que se contuviese, se puso él mismo á la defensiva. El ruido atrajo, por fortuna, á los servidores del príncipe, que acudiendo al sitio del combate, facilitaron á don Juan los medios de salir. Carlos volvió á su cuarto en sombrío silencio.

Hacia algun tiempo que el príncipe, segun parece, no se consideraba seguro en el palacio de su padre y tomaba para dormir las mismas precauciones que un bandido. Al acostarse, colocaba cerca de sí su espada, su daga y un mosquete cargado, del que podia hacer uso en todo mo-

mento. Para mayor seguridad habia mandado construir á un hábil cerrajero para la puerta de su alcoba un cerrojo que por medio de un resorte podia correr ó descender desde su cama.

En este estado de cosas, debia parecer peligroso turbar el sueño de un hombre entregado como Carlos á la desesperacion, pero Felipe no conocia obstáculos: mandó al cerrajero que descompusiera el resorte, de manera que no pudiese funcionar, y le fué así fácil introducirse en la alcoba. Lo demás que sucedió es conocido por la

en la alcoba del príncipe, y acercándose el duque de FERIA sin meter ruido á la cabecera de la cama, se apoderó de la espada y de la daga que allí estaban, igualmente que de un mosquete cargado con dos balas. Dispertándose entonces el príncipe se incorporó preguntando quién andaba por allí. El duque, que habia recogido aquellos objetos, respondió: «El Consejo de Estado.» A estas palabras saltó Carlos de la cama pugnando con gritos y amenazas por recobrar sus armas. En aquel momento Felipe, que habia esperado prudentemente para mostrarse á que su hijo estuviese desarmado, se adelantó intimando á este que volviera á meterse en la cama y permaneciese quieto. El príncipe exclamó: «¿Qué quiere de mí V. M.?» «Pronto lo sabreis,» respondió su padre, y al mismo tiempo mandó que se asegurasen fuertemente las puertas y las ventanas y que se le entregasen las llaves de la habitacion. Quitáronse todos los muebles de que el prisionero pudiera hacer mal uso, y volviéndose despues el rey al duque de FERIA le dijo que estaba especialmente encargado de vigilar á Carlos y debia custodiarlo bien. Tambien encargó á los demás señores que sirvieran al príncipe con todo el respeto que se le debia, pero que no ejecutaran ninguna orden suya sin haberle dado antes cuenta, añadiendo, por último, que fuesen guardianes fieles bajo pena de ser declarados traidores.

En esto el hijo del rey exclamó: «V. M. habria hecho mejor en matarme que en retenerme preso. Esto será motivo de grande escándalo para el reino. Si no me quitais la vida, me la quitaré yo mismo.» «No lo hareis, respondió Felipe, porque seria un acto de locura.» «El modo en que V. M. me trata, replicó el príncipe, me reduce á esa extremidad. No me mataré como loco, sino como desesperado.» Todavía se cambiaron otras frases entre el monarca y su hijo, cuya voz, sofocada por los sollozos, apenas se oia.

El monarca, despues de haber tomado todas estas disposiciones y de haber hecho poner en sitio seguro un cofrecillo que contenia los papeles del príncipe, salió del cuarto, donde pasaron la noche el duque de FERIA, el conde de Lerma y don Rodrigo de Mendoza, hijo mayor de Ruy Gomez. De los seis señores ele-

gidos al efecto, fueron dos vigilando por turno al prisionero en las noches siguientes. Por respeto al príncipe, les estaba prohibido presentarse armados delante de él: los manjares se los llevaban ya partidos, porque no podia servirse de cuchillo. Todos sus servidores fueron despedidos, y la mayor parte ingresaron mas adelante en la servidumbre del rey. Un piquete de doce alabarderos custodiaba las salidas de la torre en que se hallaban las habitaciones de Carlos. De ese modo tenia impedida toda comunicacion con el exterior, y como tampoco podia asomarse á las ventanas, cuidadosamente cerradas y aseguradas, el infeliz cautivo desde aquella época estuvo tan muerto para el mundo, como si le hubiesen sepultado en los mas sombríos calabozos de Simancas.

Al dia siguiente reunió el rey á los miembros de sus diversos Consejos y les informó de la prision de su hijo: declaróles que ninguna otra cosa que su deber hacia. Dios y su solicitud por el bien del reino habian podido inducirle á obrar así. Al hacer esta declaracion, dice uno de los testigos de aquella escena, tenia los ojos bañados en lágrimas.

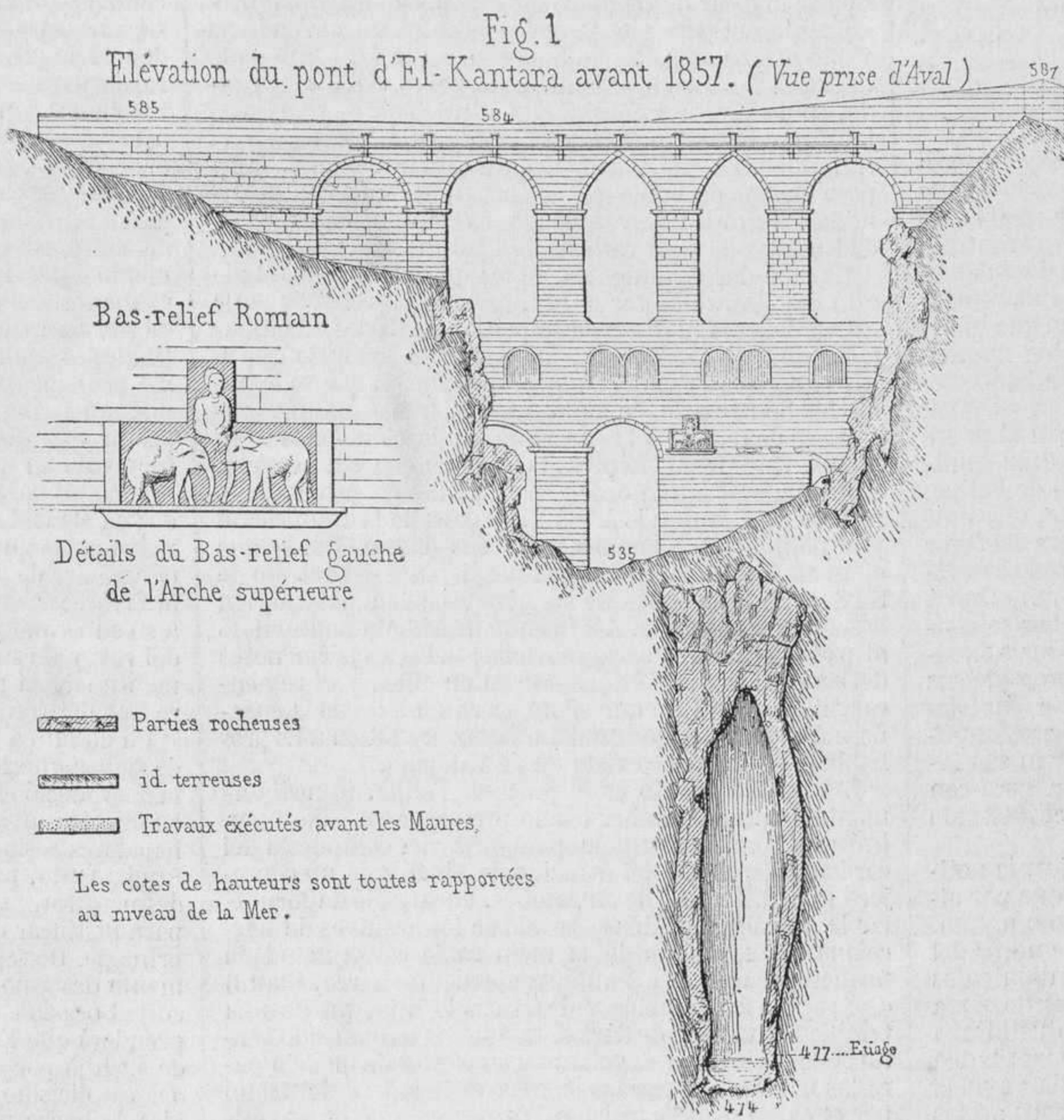


Fig. 1. ELEVACION DEL PUENTE DEL KANTARA ANTES DE 1857. (Vista tomada rio abajo.)

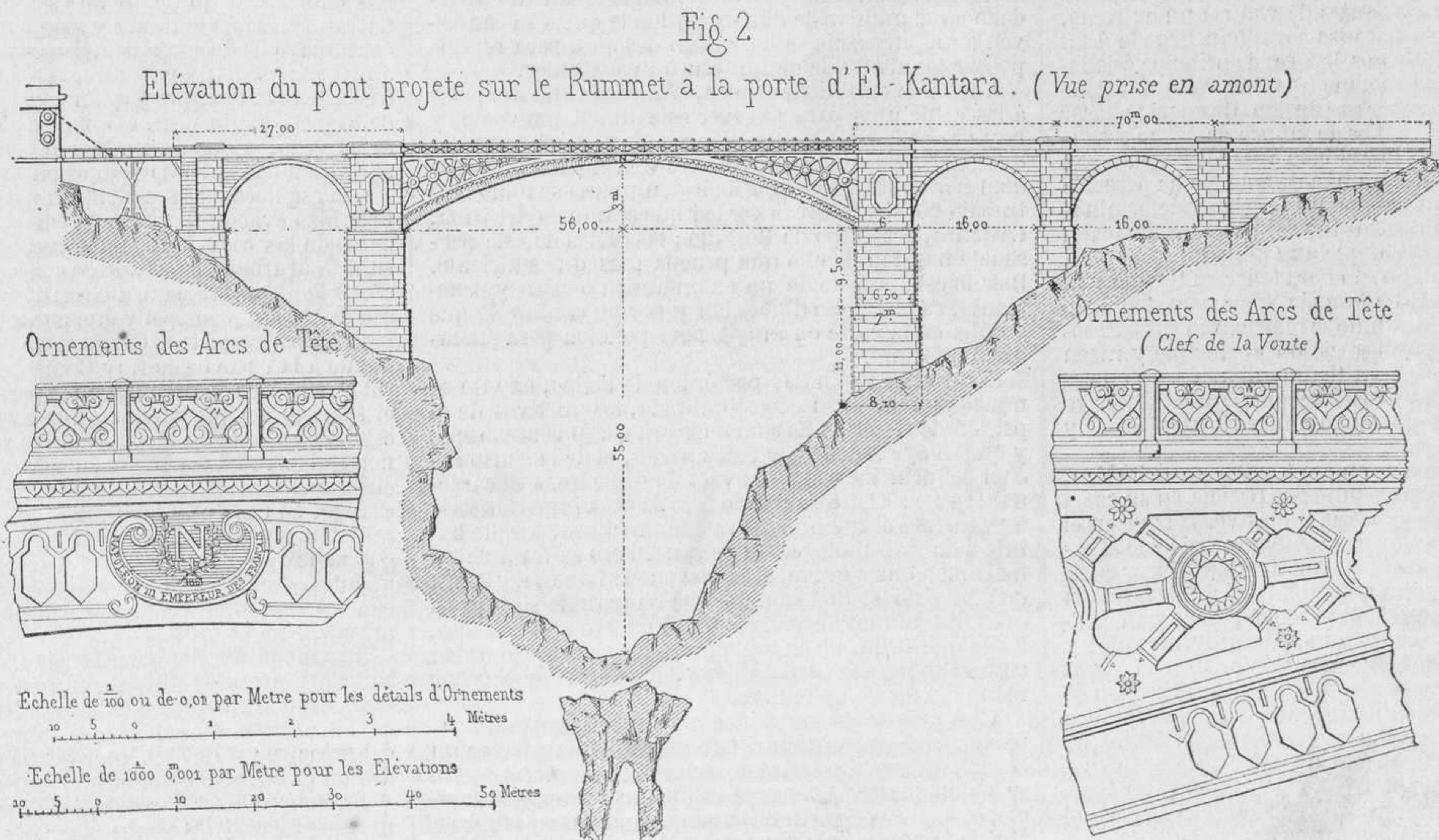


Fig. 2. ELEVACION DEL PUENTE PROYECTADO SOBRE EL RUMMEL EN LA PUERTA DEL KANTARA. (Vista tomada rio arriba.)

relacion del ayuda de cámara, antes citado, que estaba de servicio aquella noche y cenó en palacio.

En la noche del 18, á eso de las once, divisó al rey que bajaba la escalera, cubierta la cabeza con un casco

gidos al efecto, fueron dos vigilando por turno al prisionero en las noches siguientes. Por respeto al príncipe, les estaba prohibido presentarse armados delante de él: los manjares se los llevaban ya partidos, porque no

y con una armadura bajo su traje. Acompañábase el duque de FERIA, capitán de guardias, con otros cuatro ó cinco señores y doce guardias. Felipe mandó al ayuda de cámara que cerrara la puerta y no dejara entrar á nadie. Los señores y los soldados penetraron entonces

Convocó en seguida el Consejo de Estado y mandó que se instruyera la causa al prisionero. Su aflicción no le impidió asistir á la sesión y escuchar las declaraciones que, extendidas por escrito, formaban un legajo de casi un pié de alto. Tal es la relación que nos ha dejado el ayuda de cámara sobre este extraordinario asunto.

CAPITULO II.

Muerte de Don Carlos.

(1568.)

Motivos de la prisión de Carlos. — Su reclusión absoluta. — Sus excesos. — Su muerte. — Narración de Llorente. — Versiones diferentes. — Motivos de sospecha. — Contienda en palacio. — Exequias del príncipe.

La prisión de Don Carlos causó en toda España una profunda sensación, aumentada aun por el misterio de que se hallaba rodeado ese acontecimiento. El motivo de aquella medida dió lugar á los rumores mas siniestros: unos pretendían que el príncipe había tramado un atentado contra la vida de su padre, otros que había conspirado contra la de Ruy Gomez. Decíase tambien que había proyectado sublevarse, y se había unido á los flamencos rebeldes, añadiendo algunos que hasta se había hecho sospechoso de heregía. Otros, mirando la cuestión bajo un punto de vista diferente, censuraban al padre mas bien que al hijo. « Su risa y su cuchillo eran confines, » dice el historiador Cabrera, hablando de Felipe, razón por la cual unos le llamaban prudente, otros severo. Era posible que Carlos, excluido siempre del favor del rey, hubiese pensado y hablado con sobrado atrevimiento, pero nada había hecho que debiera impulsár á un padre á tratar con tanto rigor á su hijo. Los soberanos eran demasiado propensos á envidiar á sus sucesores: desconfiaban del espíritu activo y generoso de sus hijos, á quienes harían mejor en conciliarse dándoles una parte razonable en la dirección de los negocios públicos. Otros había mas prudentes que cerraban sus labios. « Mirábanse los mas cuerdos sellando la boca con el dedo y el silencio, » dice para terminar el ilustrado cronista de aquella época.

Con el objeto de ser el primero en comunicar la noticia á las cortes extranjeras, prohibió Felipe que por algunos dias no se dejara salir de Madrid correo ninguno. El 24 de enero dirigió una circular á los miembros del alto clero, á los grandes del reino y á los ayuntamientos de las ciudades mas importantes: este documento, nada explícito en el fondo, anunciaba el suceso y lo justificaba por las consideraciones generales que el monarca había presentado ya en los Consejos. El mismo dia envió el rey despachos á las principales cortes de Europa: estas cartas, aunque escritas en un estilo singularmente vago y oscuro, contenían, sin embargo, mas insinuaciones que las primeras. La mas curiosa en su conjunto y la que arroja mayor luz sobre el pensamiento de Felipe, es la que recibió la reina de Portugal, tia del rey. Esta apreciable princesa era hermana de Carlos V, y Felipe le había manifestado siempre el mayor respeto.

« Aun cuando era evidente hace mucho tiempo, escribe el rey, la necesidad que había de adoptar disposiciones respecto del príncipe, no obstante, el amor de padre me ha obligado á agotar, antes de venir á un extremo, todos los otros medios. Pero las cosas han llegado á tal punto, que para cumplir mis deberes de príncipe cristiano con Dios y con mi reino, me he visto precisado á condenar á mi hijo á una severa reclusión. He querido hacer en esta parte sacrificio á Dios de mi propia carne y sangre, y preferir su servicio y el bien y beneficio público á las otras consideraciones humanas. Solo me ha parecido ahora advertir que el fundamento de esta mi determinación no depende de culpa, ni inobediencia, ni desacato, ni es enderezada á castigo, que aunque para este había la muy suficiente materia, pudiera tener su tiempo y su término. Ni tampoco la he tomado por medio, teniendo esperanza que por este camino se reformarían sus excesos y desórdenes. Tiene este negocio otro principio y razón cuyo remedio no consiste en tiempo ni medios, y que es de mayor importancia y consideración para satisfacer yo á la dicha obligación que tengo á Dios Nuestro Señor y á los dichos mis reinos. »

Felipe escribió asimismo en ese tono oscuro á Zúñiga, su embajador en la corte pontificia. Decíale en su carta hablando de Don Carlos: « Aunque es verdad que en el discurso de su vida y trato haya habido ocasión de alguna desobediencia ó desacato que pudieran justificar cualquiera demostración, esto no me obligaría á llegar á tan estrecho punto. La necesidad y conveniencia han producido las causas que me han movido muy urgentes y precisas con mi hijo primogénito y solo. »

Este lenguaje ambiguo que indicaba que la prisión de Carlos no era debida á su mala conducta, y que por otra parte los intereses de la religión y la seguridad del Estado eran los que le condenaban á un cautiverio perpétuo, puede hacer creer que el arresto del príncipe no tenía otra razón que su honra. Así lo declaró explícitamente el príncipe de Eboli en una comunicación hecha por orden de Felipe al embajador de Francia, Fourquevaux. El rey, decía Gomez, ha observado hace tres años que su hijo tenía la cabeza débil y nunca era completamente dueño de su entendimiento. Por mucho tiempo había guardado silencio, esperando que los años produjesen algún feliz resultado sobre aquella enfermedad; pero esta no había hecho sino aumentar, y el monarca había reconocido con dolor que entregar el cetro en manos de su heredero presunto, sería traer inevitablemente la des-

gracia de sus súbditos y la ruina del Estado. Así era que con el corazón agobiado por indecibles angustias, había resuelto, después de largas deliberaciones, encerrar á su hijo.

Estas explicaciones son al menos claras y muy diferentes de las que Felipe daba en sus despachos: si la demencia del príncipe era el verdadero motivo de su prisión, parece extraño que el monarca haya disfrazado la realidad con términos vagos y equívocos, añadiendo la declaración hecha con frecuencia en sus cartas de que « se explicaría algun dia mas completamente sobre este asunto. » Podría creerse que hubiera sido mas conveniente invocar desde luego ese estado de locura del príncipe, que era para este la mejor disculpa de su conducta y justificaba al padre de haber privado á su hijo de la libertad. Pero seguramente, el excesivo rigor desplegado, como veremos pronto, con el prisionero, se asemeja mas al castigo sufrido por un gran criminal que al tratamiento á que se somete á un infeliz demente. Tampoco es mas probable que se instruyese un proceso criminal contra un desventurado, exento por su enfermedad misma de toda responsabilidad moral.

Existen dos documentos, de los que cualquiera, si algun dia llegara á ver la luz, revelaría probablemente los verdaderos motivos de la prisión de Carlos. El embajador de España, Zúñiga, informó á su señor de que el papa, poco satisfecho con la comunicación que se le había hecho respecto de aquel suceso, había manifestado el deseo de recibir del rey mismo explicaciones mas completas. Este deseo, expresado por tan elevada persona, equivalía casi á una orden, porque Felipe profesaba el respeto mas profundo á Pio V, el papa de la inquisición y el pontífice que llenaba todos sus deseos. Dícese que el monarca no pasaba nunca por delante del retrato de Su Santidad, colocado en las paredes de su palacio, sin descubrirse la cabeza. Así fué que inmediatamente envió al padre santo una carta refiriendo todos los pormenores del asunto: la carta estaba escrita en cifra, y el rey encargaba al pontífice que si no acertaba á leerla la enseñase á Granvelle, que estaba á la sazón en Roma. Es probable que esa carta exista en el Vaticano.

El otro documento es el proceso. Felipe, inmediatamente después de haber hecho prender á su hijo, nombró una comisión especial para juzgarle, compuesta del cardenal Espinosa, del príncipe de Eboli y de un consejero real, Bribiesca de Muratones, encargado de formular la acusación. Habíase sacado de los archivos de Barcelona el expediente de la memorable causa mandada formar por uno de los antepasados del monarca, Juan II de Aragón, á su amable y desgraciado hijo, que llevaba tambien el nombre de Carlos. Las piezas habían sido verdaderas del catalán al castellano y sirvieron de modelo para las actuales, dirigidas contra el heredero del trono por el cargo de alta traición. No parece que en ese extraordinario proceso fuesen oídos un defensor ó un testigo cualquiera en favor del príncipe, aunque los acusadores de este reunieron, á lo que parece, un número asombroso de declaraciones en contra suya. Pero en realidad no se sabe sino muy poco en este punto, y no está probado que las piezas pasasen por otros ojos, y no los del monarca y los del tribunal secreto que juzgó á Carlos, si es lícito hablar así: en 1592, según el historiador Cabrera, fueron aquellas depositadas por orden de Felipe en un cofrecillo verde, cuidadosamente guardado en el archivo de Simancas, donde quizá se conserven aun, pues nada se ha sabido después, para recompensar los afanes de algun futuro investigador.

A falta de estos documentos, séanos permitido apelar á las conjeturas para resolver este difícil problema, y hay varios hechos que pueden ayudarnos á formar deducciones. Entre los embajadores extranjeros que residían por aquella época en Madrid, ninguno se tomó mas trabajo por descubrir la verdad que el nuncio del papa, Castaneo, arzobispo de Rossano: las cartas de este personaje nos dan de ello una prueba mas que suficiente. Dotado este prelado de un entendimiento claro y penetrante, estaba por su posición y por el crédito de que gozaba en la corte en muy buena posición para procurarse informes.

El cardenal Espinosa, por orden de Felipe, expuso al nuncio, en la forma acostumbrada, los motivos de la prisión de Carlos. « Es rumor extraño, dijo el arzobispo, y que se oye repetir por todas partes, el de la conspiración del príncipe contra la vida de su padre. » El cardenal repuso: « La cosa habría sido de poca importancia si únicamente el rey hubiese estado en peligro, porque habría sido fácil proteger su persona. Pero se trata de un mal mucho mas grave, si es que puede haberlo, y S. M., que ha visto el mal camino que ha seguido su hijo en estos dos últimos años, ha buscado en vano un remedio, hasta que al fin, viendo que no podía ejercer autoridad alguna sobre esa mala cabeza, ha tenido que echar mano del medio que sabeis. »

A los ojos de un inquisidor mayor, la heregía ó simplemente la propensión á la heregía, debía parecer un crimen mas execrable aun que el parricidio. Tal fué la reflexión que las palabras de Espinosa sugirieron al nuncio, el cual se ocupó inmediatamente en buscar las pruebas de la apostasía del príncipe. El embajador de Toscana retiene igualmente que se sospechaba de Carlos que era un mal católico, y puede hallarse una confirmación de esta conjetura en las observaciones que hizo Pio V sobre la carta secreta de Felipe á que antes hemos aludido. « Su Santidad, escribe el embajador de España, aprueba completamente la medida adoptada por V. M.: el pontífice comprende que la salud de la cristiandad está sujeta á la condición de que vivais largos años y de que tengais un sucesor que siga vuestras huellas. »

Pero aun cuando todo esto parece dar á entender bien claramente que la defección religiosa de Carlos era la causa principal de su cautiverio, es difícil creer que con su carácter caprichoso é inconstante hubiera podido el príncipe formarse opiniones bien fijadas en materia de fe ó que su posición hubiese permitido á los reformados tener acceso cerca de su persona hasta el punto de ejercer sobre él una grande influencia. Es, sin embargo, muy posible que el desgraciado tomase interés en aquellos movimientos políticos de fuera que llegaron á ser un peligro para la Iglesia católica: hablamos de los disturbios de los Países Bajos, que veía aquel, según dicen, sin descontento. Verdad es que no existe, al menos que nosotros sepamos, prueba alguna de este hecho en la correspondencia de los jefes de la revolución en Flandes. Y no hay razón para suponer que Carlos entrase directamente en relaciones con ellos, ó se declarase abiertamente, por un acto cualquiera, partidario de su causa. Pero no era necesario para su condenación un acto semejante: bastaba que hubiese mostrado simpatías hacia aquel pueblo oprimido. La estancia del conde de Egmont, de Berghes y de Montigny en la corte le había proporcionado fácilmente entrevistas con esos señores que pudieron naturalmente haber tratado de interesar al príncipe á favor de sus compatriotas. Nada tiene de extraño que esos sentimientos prontamente despertados en el fogoso corazón del príncipe se manifestaran tambien con viveza. Quizá pudiera atribuirse á esas disposiciones del ánimo de Carlos su extraña conducta con el duque de Alba, en el momento en que este partía para los Países Bajos.

Pero los habitantes de esas provincias eran considerados en Madrid como rebeldes á la corona: las doctrinas reformadas que profesaban, imprimían al movimiento el carácter de una revolución religiosa. En un español, el favorecer esa rebelión era mostrarse á la vez traidor á su soberano y á su fe: tal era seguramente la opinión del rey y de su ministro, el inquisidor mayor, y el crimen no debía parecer menos grave cometido por el heredero del trono.

En cuanto á la acusación que se dirigió contra Carlos de haber querido atentar á la vida de su padre, Felipe la desvaneció en sus despachos á las cortes extranjeras y en las comunicaciones hechas por orden suya á los embajadores residentes en Madrid: si hubiese tenido algun fundamento, podría creerse que el monarca, en vez de desmentirla, se habría apresurado á ponerla en relieve para justificar el rigoroso cautiverio á que condenaba al príncipe. De seguro que si este hubiese abrigado realmente designio tan monstruoso, habría hallado sin dificultad ocasión de ejecutarlo. Pero fácilmente se comprenderá que Felipe guardara silencio sobre las simpatías de su hijo por los flamencos rebeldes: el gran campeón del catolicismo debía naturalmente estremecerse á la idea de hacer público que la levadura de la heregía había corrompido su propia sangre.

Cualquiera que sea el motivo á que deba atribuirse la conducta del rey en esta circunstancia, puede con razón suponerse, que fué determinada en el fondo por la aversión que sentía hacia el príncipe. La oposición de sus caracteres colocó desde un principio al padre y al hijo, recíprocamente, en una falsa posición.

Los excesos inconsiderados del joven fueron severamente censurados por el monarca, que procuraba al menos cubrir con un denso velo sus propias debilidades: Carlos, fogoso en extremo y exasperado por un sistema continuado de desconfianza, de exclusión y de espionaje, acabó por estallar y por entregarse á actos de tan absurda extravagancia, que pueden considerarse como raptos de locura: ahora bien, esa demencia del hijo fué, como se ha visto, la que suministró al padre una razón plausible para adoptar una resolución extrema.

Cualesquiera que fuesen las culpas del príncipe, pronto se hizo evidente para los que mejor podían observar el curso de las cosas que jamás recobraría su libertad ni subiría al trono de sus antepasados. El 2 de marzo concluyó Felipe un reglamento relativo al modo como debía ser tratado el príncipe, y que puede dar alguna idea del rigor de su reclusión. Carlos estaba confiado principalmente á la custodia de Ruy Gomez, que ejercía la autoridad superior y nombraba las personas empleadas en el servicio del prisionero: otros seis gentiles-hombres estaban encargados de custodiar y vigilar á este: por la noche debían quedarse dos en su cuarto, velando el uno cuando el otro dormía. Esto hace recordar un ingenioso castigo, en uso entre los chinos, que condenan á un criminal á ser seguido á todas partes por un vigilante, cuyo encargo exclusivo es el de espiar todos sus movimientos, de suerte que el culpable, volviéndose á derecha ó á izquierda, encuentra siempre fija en él la misma mirada.

Durante el dia, los guardas de Carlos debían estar á su lado y procurar disipar con su conversación las tristezas del aislamiento, pero les estaba prohibido hablar de los asuntos del gobierno y sobre todo de la prisión del príncipe: si este les interrogaba sobre el particular debían encerrarse en el mas absoluto silencio.

No podían llevarle cartas ni recibirlas de él para transmitir las fuera, y les estaba especialmente encargado que guardasen el mas rigoroso secreto sobre todo lo que pasaba en el interior de palacio, á menos que el rey mismo no levantara esa interdicción. Al prisionero le dieron un breviario y algunos otros libros de devoción, prohibiéndose toda otra lectura que no fuese la de obras que tuviesen un carácter religioso.

Esta última parte del reglamento parece revelar en Carlos ciertas tendencias á la heregía, que se creía necesario combatir por medio de tratados concebidos en un espíritu opuesto y destinado quizá para prepararle á su

próximo fin. A excepcion de los seis gentiles-hombres, nadie podía entrar en el cuarto del prisionero sino su médico, su ayuda de cámara, su barbero y su criado, elegido entre los monteros del rey. Otros siete soldados elegidos en aquel fiel cuerpo estaban al servicio del príncipe y llevaban los manjares preparados para su mesa en un salon vecino, donde el montero que estaba de guardia al lado de Carlos venia á tomarlos. En las galerías que conducian al cuarto del prisionero estaban de centinela doce alabarderos para interceptar toda comunicacion con el exterior. Todos los individuos destinados á cuidar del príncipe, desde el noble de mas elevada categoría, hasta el mas ínfimo servidor, prestaron solemne juramento, ante el príncipe de Eboli, de conformarse al reglamento establecido: aquel señor suportaba todo el peso de la responsabilidad en cuanto á la ejecucion de aquellas órdenes y á la seguridad del cautivo. Para facilitarle su cometido le mandó el rey que se alojara en palacio, donde su mujer y él aceptaron habitaciones inmediatas á las de Carlos. Quizá este arreglo convenia por otros motivos á Felipe, de cuyas relaciones con la princesa tendremos ocasion de hablar mas adelante.

Ese reglamento severo fué aplicado en todo su rigor. La reina de Portugal, tia de Felipe, escribió en términos calorosos al rey, ofreciéndole con ahinco permanecer al lado de su sobrino en su prision para cuidar de él y aliviar sus penas como pudiera hacerlo una madre. «Se quiso, dice el embajador de Francia, evitarle esa molestia.» El emperador y la emperatriz de Alemania manifestaron la esperanza de que la reclusion de Carlos le haria cambiar de conducta y estaria pronto en libertad; cambiáronse varias cartas entre una y otra córte hasta el momento en que el monarca puso fin á la correspondencia, declarando que no podria llevarse á efecto el matrimonio de su hijo con la princesa Ana, y que el príncipe no recobraría jamás su libertad.

La reina Isabel y su hermana Juana, que parece se afectaron profundamente con las desgracias del príncipe, solicitaron en vano el permiso de visitarle en su prision; y cuando don Juan de Austria se presentó en palacio vestido de luto para hacer manifiesto su pesar en aquella ocasion, le recibió el rey con frialdad y le mandó que volviera á ponerse su traje habitual.

Entre las principales ciudades del reino, se disponian algunas á enviar delegados para que ofreciesen al rey en su afliccion su testimonio del duelo que sentian; pero Felipe les hizo entender que solo habia procedido asi por el bien de la nacion, y que sus cumplimientos en aquella ocasion serian supérfluos. Los diputados de Aragon, Cataluña y Valencia se pusieron en camino para Madrid, á donde iban, con arreglo á sus instrucciones, á preguntar la causa de la prision del heredero de la corona, y á pedir su pronta libertad; pero habiendo recibido aviso del profundo disgusto con que el rey veia un paso semejante, juzgaron prudente volverse atrás, sin aventurarse á entrar en la capital.

No tardó en comprenderse que el asunto de Don Carlos era de aquellos de que no se debía hablar, y poco á poco fué cayendo en el olvido como un suceso ordinario. El embajador de Francia, Fourquevaux, escribia: «Hoy se habla tan poco del príncipe como si hubiese muerto hace diez años.» Su nombre, á la verdad, continuaba figurando entre los de los individuos de la familia real, en las oraciones que se recitaban en la iglesia, pero el rey prohibió al clero que aludiese á su hijo en sus sermones, y nadie, añade el mismo embajador, tuvo la osadía de criticar la conducta del soberano. «La sabiduría de Felipe le ha dado sobre sus súbditos un ascendiente tan absoluto que, voluntaria ó involuntariamente, todos se apresuran á obedecerle, y si no le aman, aparentan al menos amarle.»

Entre los objetos retirados del cuarto del príncipe habia, segun se recordará, un cofrecillo que contenia sus papeles secretos: en ellos figuraban una porcion de cartas que debian ser enviadas despues de su partida. En una de esas cartas, dirigida á su padre, declaraba Carlos que el motivo de su huida era el severo tratamiento que habia recibido del rey. Otras cartas destinadas á diferentes personas y á algunas de las ciudades principales, contenian igual declaracion: despues de recordar á estas el juramento que le habian prestado como heredero del trono, prometió concederles varios privilegios asi que tuviera el cetro en sus manos. Tambien se descubrió en aquel cofrecillo un escrito de naturaleza muy singular: era una lista de todos los personajes que el príncipe consideraba como adictos ú hostiles á su persona. En el número de sus amigos figuraba en primera linea su madrastra Isabel y su tio don Juan de Austria, mencionados ambos con la expresion del mas ardiente cariño. Entre los nombres de sus enemigos, «á quienes habia que perseguir hasta la muerte,» se contaban los del rey su padre, del príncipe y la princesa de Eboli, del cardenal Espinosa, del duque de Alba y de algunos otros mas. Tales son los extraños pormenores que el nuncio del papa comunicó á su córte sobre los papeles encerrados en aquel cofrecillo. Dícese que estos fueron sometidos al exámen de los jueces del príncipe y constituyeron sin duda una parte importante de sus cargos. Quizá fué de uno de esos jueces de quien el nuncio obtuvo sus informes: nadie se habria aventurado á revelar los secretos del tribunal sin la autorizacion de Felipe; pero es posible que el monarca consintiese en que se diera publicidad á hechos que debian justificar su conducta. Si estas informaciones son exactas, hay que convenir en que prueban cierto desarreglo de imaginacion en Carlos.

Entre tanto, el rey no estaba menos prisionero que su hijo: desde el momento en que este fué arrestado no habia salido de palacio, ni aun para visitar sus sitios favo-

ritos de Aranjuez y del Pardo, y no habia consagrado un solo dia al placer, para él tan grande, de asistir al grato espectáculo de la construccion del monasterio del Escorial. Parecia agitado continuamente por el temor de alguna sublevacion popular, ó al menos, de una insurreccion de los partidarios del príncipe, que intentasen libertar á este.

Al menor ruido desacostumbrado que oia en palacio, dice su historiador, se asomaba al balcon para ver si el desorden procedia de alguna tentativa para sacar al cautivo de su cámara. No habia motivo alguno para desconfiar de un pueblo tan bien amoldado á la obediencia, como lo estaba el castellano en tiempo de Felipe II, pero es una desgracia para un preso el causar tales recelos.

Los temores que abrigaba el monarca no fueron suficientes para inducirle á mitigar en algun modo el rigor con que era tratado su hijo, y ese rigor tuvo el resultado que era de esperar en un carácter tan fogoso y poco manejable como el del príncipe. Al poco tiempo cayó este en una especie de frenesi, y mas de una vez, segun dicen, intentó suicidarse: reconociendo despues que pegando con la cabeza en las rejas de su prision no haria mas que agravar su desgracia, se resignó á su suerte, en un sombrío silencio, el silencio de la desesperacion. Indiferente á cuanto le rodeaba, dejó de atender á sus intereses espirituales: lejos de leer las obras religiosas puestas á su disposicion, renunció á todo acto de devocion y hasta se negó á confesarse y á recibir á su confesor.

(Se continuará.)

Revista de la moda.

SUMARIO. — La córte vestida de luto. — Un traje de aldeano que debia figurar en una charada. — Las actualidades de la estacion. — La moda y los tocados chinos. — Un vestido Esmeralda. — Otros vestidos á cual mas artísticos. — Trajes de calle y de visitas nocturnas. — El cinturón catalán. — Tocados á la moda. — Los sombreros de felpilla. — El color Vesubio. — Dos capas fotografiadas en el bosque de Boulogne. — Descripcion del figurin de este número que representa trajes de baile.

La córte está enlutada en Compiègne, y por esto no hay fiestas, ni bailes, ni placeres. Las cacerías, las comedias y las charadas en accion están interrumpidas. Mlle Hamelin, hija del almirante de este nombre, debia salir en una charada de aldeana; su traje, un tanto á la moda suiza, se componia de dos faldas, una rayada, blanca y negra, con bandas de terciopelo negro, y la otra de reps azulina recogida al rededor con lazos de terciopelo negro. Sobre estas dos faldas cae un delantal de muselina blanca plegada con bolsillos redondos. El cuerpo de reps azul enlazado con terciopelo negro sobre una guipure de muselina.

Pasemos á las actualidades de la temporada.

La moda se muestra mas caprichosa que nunca. Los sombreros se llevan con muchas plumas y flores como en tiempo del primer imperio, con la diferencia de que tienen un corte mas gracioso. Las flores mas en boga son las capuchinas que se llevan en guirnalda en el interior de los sombreros.

El gusto chino se pronuncia; los vestidos son chinos, las confecciones se cortan á la china, y los tocados chinos se elevan en edificios de cabello, adornados con nidos de pájaros, mariposas, lazos de flores, coronas grandes como la mano, pompones y pouffs de terciopelo.

A decir verdad, nada mas feo; pero en fin, es la moda.

Todos los trajes que examino son orientales, persas, moriscos y chinos. Algunos pertenecen á la edad media, al tiempo de los trovadores. Describamos algunos.

El primero llamado *Esmeralda*, es de terciopelo negro con gruesos pliegues por detrás sostenidos con galones; los pliegues arrancan del talle. Por delante el vestido es liso y está cortado al sesgo, con forro de seda blanca. Un cordon negro de acero le sujeta al talle. Por los lados queda corto para dejar descubiertas unas ricas mangas bordadas. Las mangas largas y puntiagudas están forradas de raso blanco.

En cuanto á los vestidos de calle y de visitas nocturnas, son muy variados en su corte y adornos. Los que obtienen mas favor son estos:

Un vestido de tafetan malva cerrado con ramilletes menudos de violetas de Parma graduados sobre el delantero de la falda, así como en las mangas y en el cuerpo.

Otro de terciopelo negro con guirnalda de rosas bordadas sobre el pespunte de la orla. Los bolsillos y las mangas tambien están bordados y forrados de raso blanco.

Un vestido Inés Sorel de gró de Atenas color habana con un cuerpo que describe sobre las caderas contornos lisos y redondos; este corte gracioso é histórico adelgaza el talle. Una banda de astrakan negro rodea el cuerpo y sube sobre el pecho cayendo por detrás en medio de la falda con dos borlas.

La hechura de esta falda merece una descripcion especial. Por delante es lisa en forma de delantal y está abotonada con botones de seda habana orlados de astrakan, y en los lados lleva pequeños pliegues huecos y fruncidos en torno de la banda de astrakan. Despues viene un grueso pliegue que se repite por detrás, y que da á esta falda vista de espalda el vuelo y el sesgo de un vestido emperatriz.

Las mangas son de la época; dos bandas de astrakan señalan los bolsillos.

Si me he extendido un poco en describir este vestido, es porque caracteriza la moda del dia.

Otro vestido de estilo Luis XV sobresale tambien de todo lo que hasta aquí se ha hecho. El cuerpo, llamado *postillon*, lleva dos faldetas de tafetan malva con gruesos pliegues adornados con un sesgo de tafetan orlado de negro y blanco. Sobre el pecho el adorno describe una chaquetilla de *postillon*.

La falda va guarnecida con cinco pequeños volantes orlados como el cuerpo. Las mangas á la Luis XV llevan una gran vuelta. Este mismo vestido es muy elegante y muy lujoso de terciopelo negro, porque se frunce al rededor de las faldetas un encaje de Chantilly que cae sobre la falda.

Hé aquí tres trajes de soirée á cual mas lindos.

El primero es de gasa de Chambery fondo blanco con ramilletes Pompadour, guarnecido hácia el bajo de la falda con tres pequeños volantes plegados, ondulados y orlados de terciopelo verde. Una ancha banda de tafetan verde serpentea sobre los volantes que se repiten á los lados. El cuerpo escotado lleva un cinturón catalán con tirantes de tafetan verde que se anudan por detrás en un grueso lazo.

El segundo es de tul azul turquí abuecado hasta el talle con un velo de tul blanco recogido al rededor con un ramaje de madre selva. Cuerpo escotado con drapería de tul en forma de tirantes sostenidos con ramajes de madre selva. Adorno de flores en cada hombro.

El último vestido es de tafetan blanco con cuchillos de tul y guirnalda de hojas bordadas de oro. Sobre el cuerpo fichu oriental de tul con polvillo de oro.

Olvidaba dos vestidos.

El uno es de tul ilusion sembrado de veinte y cuatro docenas de rosas trianon.

¿Cómo es la rosa trianon?... Es una rosa blanca y rosada rodeada de capullos de un vivo encarnado.

Fácil es comprender el efecto de semejante adorno.

En el cuerpo y en los hombros este vestido lleva lazos de flores.

Un manto de córte de punto de Inglaterra cae sobre la falda velando á medias las flores.

El otro vestido es blanco aterciopelado, y todo él está sembrado de flores de melocoton. El bajo de la falda va ilustrado con cuatro ruches, dos de tafetan flor de melocoton alternando con otras dos compuestas de cocas de blonda separadas por lacitos de terciopelo.

Este vestido tiene dos cuerpos, uno alto y escotado el otro. Entremos en los tocados, que no son por cierto menos elegantes.

— Un lazo Venus de violetas de Parma sostenidas por hilos de oro que sujetan igualmente un grueso lazo que cae por detrás.

— Una corona Luis XV de rosas Dubarry puesta de lado por delante y por detrás con una mariposa de noche que extiende sus alas de terciopelo negro con chispas de acero.

— Un nido de musgo blanco en el cual dos lindos pajarillos hablan de sus amores.

— Un sombrero Tudor de no me olvides, describiendo ramilletes que suben á lo alto de la cabeza; por el lado izquierdo una larga pluma blanca.

— Un lazo Pompadour de tafetan negro con botones de rosas.

— Un tocado emperatriz que representa una diadema de flores mezcladas, rosas, pensamientos de terciopelo malva y flores de geranio de terciopelo purpuro.

— Una corona Trianon representando una doble diadema de rosas de dos caras que se pierden en el cabello.

Se llevan muchos sombreros de felpilla blanca con manchitas negras adornados de encaje negro y de plumas blancas, con bavolet de terciopelo encarnado. Tambien es muy distinguido un sombrero de terciopelo negro ribeteado de armiño y adornado con una pluma blanca y negra.

El color Vesubio (color de fuego) tiene tonos que hacen muy bien con el terciopelo negro y el terciopelo real blanco. En el interior se riza un ramillete de plumas color vesubio de tonos encendidos; nada mas hermoso para un rostro de armenia, de criolla ó de española.

Antes de describir el figurin, tengo que señalar dos capas que han llamado altamente la atencion en el bosque de Boulogne.

La primera es una capa canadesa de fieltro malva natural ó color habana. Una capa de fieltro parece una extrañeza, y sin embargo es una creacion de la industria muy admirada.

La otra es una vasta esclavina de zibelina de seda gris mineral, una especie de piel fabricada en telar. Nada mas confortable que esta prenda.

La felpilla está tan á la moda que se hacen con ella batas y zapatillas.

Hé aquí la descripcion del figurin que representa prendidos de baile.

El primero se compone de un vestido de tarlatana azul celeste. Sobre la falda cuatro volantes coronados con un rizado. Cuerpo de punta; berta igual con tres rizados. Mangas muy cortas. Tocado de florecillas azules y de cintas, guantes abotonados, brazaletes y collar.

La segunda figura lleva un vestido de tafetan blanco ilustrado con un alto volante y con plegados de tafetan color de rosa. Cuerpo liso y escotado; berta parecida al vestido y con el mismo adorno. Cinturon de tafetan blanco guarnecido de plegados color de rosa, y anudado por detrás. Tocado de rosas.

El último traje es de tarlatana verde Isly. En la primera falda lleva siete bullones, y uno mas ancho y con cabeza rizada adorna la segunda falda, que está ligeramente recogida á la izquierda con un cordon de azucenas. Cuerpo con draperías y una azucena en medio. Mangas cortas de tarlatana y de tul blanco. Tocado de azucenas; aderezo de esmeraldas, guantes cortos y abanico Pompadour.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Diciembre.

Diciembre proviene de *decem*, diez. Era en efecto el décimo mes del año de Rómulo. Como se dieron los nombres de Julio César y de Augusto á los meses de julio y agosto, los cortesanos del emperador Comodo qui-

sieron dar el nombre de *amazona* al mes de diciembre.

El motivo de esta tentativa merece ser contado porque él da la idea del grado de envilecimiento á que llega la lisonja. El emperador habia hecho representar en un anillo que no se quitaba nunca el retrato de una de sus queridas en traje de amazona; la sortija era preciosa, la idea pareció original, y se creyó que el nombre de *amazona* dado al mes de diciembre inmortalizaria el nombre del emperador. ¡Miserias humanas! Sin embargo, diciembre ha prevalecido, aunque este mes es el duodécimo en nuestro calendario.

Las *saturnales*, fiestas tan célebres entre los antiguos, se celebraban en diciembre. Según Manobio, la institucion de estas fiestas data de los griegos. No obstante, en el imperio latino no fueron instituidas las saturnales hasta el año 257 despues de la fundacion de Roma. Estas fiestas duraron hasta siete dias; en este tiempo el poder de los amos sobre los esclavos quedaba suspendido, y estos últimos hablaban y obraban á su antojo; cambiaban de vestidura con sus amos y se hacian servir á la mesa. Entonces todo respiraba placer y alegría; los tribunales estaban cerrados lo mismo que las escuelas; y no se podia emprender una guerra, ni ejecutar á un criminal, ni ejercer otro acto que el de la cocina.

Durante las saturnales sacrificaban á Saturno con la cabeza descubierta contra el uso, porque el tiempo todo lo descubre. Sobre todo habia en aquellos dias combates de gladiadores, pues los romanos se hallaban persuadidos de que la efusion de sangre humana podia exclusivamente honrar á un dios que habia devorado á sus hijos y hacerle favorable á los votos de los mortales.

La alegoría que M. Walcher nos ha trazado sobre el mes de diciembre nos ofrece una pintura tan verdadera como animada del campo en esta época. El capricornio, el signo del mes, está rodeado de ramas de acebo y de alerce. Las colinas blanqueadas por la nieve se destacan sobre un cielo brumoso y helado. Los lobos hambrientos bajan de las montañas y despedazan una pobre oveja. Los leñadores derriban encinas seculares. En fin, para terminar el cuadro, asistimos á una velada en una choza. Sentada cerca de la lumbre, la aldeana está hilando; sus hijos hacen molinos de paja; el perro mira el fuego que brilla en la chimenea, y los caballos, las vacas y las ovejas mantienen un suave calor en esa mísera vivienda.

